

ARMANDO DISCÉPOLO

ENTRE EL HIERRO

DRAMA EN TRES ACTOS

20 ctvs

AMBALINAS
irección y Administración
BALCARCE 345

BAMBALINAS

Revista de actualidades teatrales y artísticas

APARECE LOS SÁBADOS

Dirección y Administración:

BALCARCE 345, - U. T. 232, Ada.

OBRAS PUBLICADAS:

N.° 1.—**EL COMPLOT DEL SILENCIO**, de Iglesias Paz. (Agotada).
N.° 2.—**LAS DE ENFRENTE**, de Mertens. (Agotada).
N.° 3.—**EL FESTIN DE LOS LOBOS**, de Cayol. (Agotada).
N.° 4.—**FRUTA PICADA**, de García Velloso. (Agotada).
N.° 5.—**TARJETAS DE PESAME**, de Duhau. (Agotada).
N.° 6.—**AMALIA**, de Castellanos.
N.° 7.—**LA CHUSMA**, de Novión.
N.° 8.—**LAS DE SARRASQUETA**, de Pellerano.
SUPLEMENTO.—**LA HORA DEL BALCON**, de Mertens.
N.° 9.—**EL SARGENTO PALMA**, de Coronado (Agotada).
N.° 10.—**LAS TERMAS DE COLO-COLO**, de García Velloso. (Agotada).
N.° 11.—**LA FAMILIA DE MI SASTRE**, de Mertens.
N.° 12.—**EN FAMILIA**, de Sánchez. (Agotada).
N.° 13.—**LA ESPADA DE DAMOCLES**, de Discépolo y de Rosa.
N.° 14.—**EL NOVIO DE MARTINA**, de Darthés y Damel.
N.° 15.—**LA MONTAÑA DE LAS BRUJAS**, de Sánchez Gardel. (Agotada).
N.° 16.—**LAS CURAS MILAGROSAS**, de Ortiz Grognet.
N.° 17.—**EL TREN DE LAS 10.30**, de Mertens.
N.° 18.—**JUSTICIA DE ANTAÑO**, de Coronado. (Agotada).
N.° 19.—**LA DAMA DE COEUR**, de Iglesias Paz. (Agotada).
N.° 20.—**EL ANZUELO**, de Cayol; **DIPLOMACIA CONYUGAL**, de Iglesias Paz; **AQUELLA NOCHE**... de Casariego y **EL TIRANUELO**, de Aquino.
N.° 21.—**EL GAUCHO ROBLES**, de Saldías y Casariego. (Agotada).
N.° 22.—**DIOGENES**, de Soria.
N.° 23.—**EL MOVIMIENTO CONTINUO**, de Discépolo y de Rosa. (Agotada).
N.° 24.—**LA CONQUISTA**, de Iglesias Paz.

BAMBALINAS

REVISTA DE ACTUALIDADES TEATRALES Y ARTISTICAS

Publica en todos sus números una obra de éxito extraordinario y registra la semana teatral en críticas, comentarios, fotografías y dibujos. Publica además monólogos, pequeñas novelas, cuentos, poesías, etc.

Administración y Dirección
BALCARCE 345
U. T. 232, AVENIDA

DIRECTOR:
FEDERICO MERTENS
ADMINISTRADOR:
NEMESIO A. FERRARI

Año I. Buenos Aires, 28 de Diciembre de 1918 Núm. 39

APUNTES PARA LA HISTORIA

—

Armando Discépolo

—

Armando Discépolo se inició con esta obra, el 12 de Diciembre de 1910. Fué estrenada «Entre el hierro» en el teatro Buenos Aires, por la compañía Pablo Podestá, constituyendo un éxito para intérprete y autor.

El estreno de «Entre el hierro» lo consagró a Discépolo como autor de positivas condiciones vigorosas para el cultivo del teatro dramático. La obra no tuvo el éxito de boletería que hubiese alcanzado en los tiempos presentes, pues en aquel entonces las compañías nacionales iniciaban recién puede decirse, la conquista de un público reacio y hasta amante del teatro importado. Pero, en aquellos días, diez representaciones, como equivalencia, del «centenar» de hoy, constituían un verdadero suceso.

Discépolo corroboró más tarde las esperanzas que como autor dramático se pusieron en él con «La fragua», obra tendenciosa que estrenase Guillermo Battaglia en el Apolo.

Aquí detuvo el escritor sus predilecciones por aquel género, acaso inducido por las predilecciones que los públicos comenzaban a manifestar por las obras cómicas, en cuya claudicación adivinamos el involuntario renunciamiento momentáneo del hombre que carga con imperiosas necesidades de hogar, en sus treinta años jefe de una familia de hermosos menores.

Pero el teatro que despertó en Armando Discépolo su consecuente vocación teatral parece resurgir en la actualidad y no es difícil que el escritor vuelva por su primer sendero, sin desdeñar por eso el último, en el que, con la colaboración de Rafael De Rosa, ha tenido éxitos ruidosos tan apreciables como el de "El Movimiento".

Sabemos que Armando Discépolo prepara una obra para la temporada que Pablo Podestá y Orfilia Rico, dirigidos por Julio Sánchez Gardel, realizarán el año próximo en el teatro Nuevo.

Armando Discépolo

ENTRE EL HIERRO

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro Buenos Aires de la Capital, por la compañía Pablo Podestá, el 12 de Diciembre de 1910

REPARTO

Adela	Sra.	Esther Buschiazo
Doña Carmen	»	Orfilia Rico
Teresa	»	Pierina Dealessi
León	Sr.	Pablo Podestá
Don Pedro	»	Juan Mangiante
Pancho	Sr.	Arturo Podestá
Don Fermín	»	Pepe Petray
Don Domingo	»	Angel Cuartuci
Esteban	»	Gil Quesada
Eduardo	»	Sanier

La acción en Buenos Aires. — Derecha é izquierda las del actor

Patío de una herrería. Desde el ángulo izquierdo del foro hacia el frente, el taller. Bajo el peculiar cobertizo de zincs, la fragua apagada, yunques, un torno, dos tinas. Los martillos, tenazas y demás herramientas en sus sitios de descanso. El hierro en mil formas, a pesar de su pasividad inconsciente, da vida, una vida de reflejo, a ese lugar en que el trabajo ha brindado su tregua. A la derecha, tres piezas de material y haciendo de dosel a sus puertas, una vieja parra que sostenida casi en el centro de la escena por tirantes de madera, deja colgar apetitosos racimos. En el foro, el portón grande y practicable, con una puertecita abierta en su hoja derecha. Bajo el parral una escalera de tijera, un farol, una jaula con su canario y la tina de lavar. Sillas de esterilla y de paja, aquí y allá. Son las siete de una tarde de verano. De día aun.

Don Domingo y don Pedro

DOMINGO.—(*Aparece de izquierda y va hacia tercera derecha*). Che, Pedro, ¿vas a sacar más uva?...

PEDRO.—(*Desde adentro*). No, hombre; ¡no me la voy a comer toda, perdé cuidado! Podés sacar para vos no más.

DOMINGO.—No es por eso, sino por la escalera.

PEDRO.—(*Idem*) La escalera está ahí.

DOMINGO.—Pregunto si la precisás.

PEDRO.—(*Idem*) Sí... ¡para bajar al infierno!...

DOMINGO.—Oh, no se iba a extrañar mucho el diablo. (*Acomodando la escalera*) Pedirte permiso... Esta parra tiene como veinte podadas mías.

PEDRO.—(*Ha salido, sin saco, se detiene cerca del portón*) Y bueno, empachate entonces.

DOMINGO.—Seguro que vale más mamarse.

PEDRO.—Siempre con el mismo martillo; algún día se parte el yunque y...

DOMINGO.—...te rompés un pie.

PEDRO.—¡O alguna cabeza!...

DOMINGO.—Sos grosero, ¿eh?...

PEDRO.—(*Aunque no lo está, tiene los ademanes rudos del ebrio*) Es que todos ustedes son puro palabrerío, y yo no tengo ganas de hablar.

DOMINGO.—Ponete bozal.

PEDRO.—Seguí, no más...

DOMINGO.—Te conviene, hombre, así tampoco podés morder.

PEDRO.—¡El que muerde sos vos! Aquí no pueden estar con los ojos abiertos y la boca cerrada; cuando no lloran, ríen o comen; parecen nenes.

DOMINGO.—Comparándolos con vos. (*Pausa*) Vos debías ser sepulturero, che.

PEDRO.—(*Cierra la puertecita del foro, por la que ha estado observando la calle, como quien espera a alguien, y se encamina hacia la derecha*) Para cuidarte a vos.

DOMINGO.—(*Chanceando*) ¡Dios me libre!...

PEDRO.—(*Desapareciendo*) ¡Ufff!...

DOMINGO.—(*Encaramado a la escalera*) Soplá... soplá... ¡cosa bárbara!... (*Elije un racimo que corta con la tijera de podar que lleva y luego llamando:*) Teresa.

Don Domingo, doña Carmen y Adela

CARMEN.—(*Adentro, a la izquierda*) Salió.

DOMINGO.—¡Ahjá!... Tráime la canastita, entonces.

CARMEN.—(*Idem*). Voy.

DOMINGO.—(*Corta otro racimo; buscando hacia primera derecha ve a Adela*) Che, Adela, te vas a quemar las cejas con ese libro. Vení, se más amable y ayudame.

ADELA.—(*Apareciendo*) Cómo no, viejo. (*Toma los racimos*).

DOMINGO.—Hay que tratarte así, de lo contrario un día de estos te hallamos hecha mármol contra la mesa.

ADELA.—Más fácil será contra los hombres.

DOMINGO.—¡Hum!...

ADELA.—(*Por los racimos*) ¡Qué lindos!...

DOMINGO.—(*Alcanzándoselos*) Tomá. (*Pausa en que don Domingo corta otro. Entra doña Carmen por izquierda, con la canasta*) Tené.

CARMEN.—Ponelos aquí. Te vas a manchar el delantal... (*A Adela*) ¿Y?... ¿Hablás otra vez?...

ADELA.—¿Por?

CARMEN.—Hace tres días que no se te oye. Andás de aquí para allá muda como un pescado.

DOMINGO.—De veras.

ADELA.—¿Yo?... Bah... ¿y qué voy a decir que no haya dicho?

CARMEN.—Escuchala, che.

DOMINGO.—¿Te estás aburriendo de hablar?... Si te imitaran todas ¡qué lindo sería!... (*Mirando de soslayo a doña Carmmen*) Abarajá este racimo...

ADELA.—(*Sonriendo*). No, no lo tire, alcanzo... (*Lo guarda*).

CARMEN.—¡Ya salió él!...

ADELA.—No han hablado todavía las mujeres.

CARMEN.—¡Claro!...

DOMINGO.—Quién te pudiera creer.

ADELA.—Charlan, don Domingo, nada más.

DOMINGO.—(*Colocando la escalera bajo otro racimo*) Ahí tenés razón.

CARMEN.—Sigan charlando, entonces.

DOMINGO.—(*Irónico*) ¿Se va?

CARMEN.—Para no oirte, mangangá. (*Vase por izquierda*).

Adela y don Domingo

DOMINGO.—Bueno, tenés a quien parecerte. Tu madrecita murió de callada. Por eso no me gusta verte silenciosa; me la recordás.

ADELA.—(*Con un ademán vago*) ¡Oh, no!...

DOMINGO.—Sumisa, aguantadora, hasta que las penas la voltearon. Pobre Marta; es de no creer como mata el silencio.

ADELA.—Ya no hay de esas mujeres.

DOMINGO.—No. Van quedando las hijas. (*Le da un racimo*).

ADELA.—Y son tan diferentes. Bueno, yo a veces estoy callada porque no sé reirme. Nunca he tenido de qué reirme.

DOMINGO.—(*Bajando*) ¡Hum!... Estás filósofa y... mirá, los filósofos son como los racimos de uva. Tené éste.

ADELA.—¿Sí; y cómo?

DOMINGO.—Mucho grano, muy maduro, pero si lo dejás colgado del parral, se pudre.

ADELA.—¿Y a quién la culpa si no al mal cuidador que lo abandona primero y lo desecha después por inservible?... Natural ¿es malo?... a la basura, pero, él no lo cuida...

DOMINGO.—¡Oh!... te comprendo hasta el fondo. Tanto das vueltas a tu cabeza que concluís por agarrar todo del lado oscuro y feo. La experiencia, que es una vieja muy sabia y muy ladina, enseña...

ADELA. — La experiencia ajena no puede ser maestra, don Domingo; cada ser, cada temperamento, necesita de una propia.

DOMINGO.—Pero puede aconsejar, y me parece que te hace bastante falta. A ver, decime lo que pensás, lo que deseás, sin ambajes, hablá.

ADELA.—Cariño. Si en esta herrería, tan semejante a una cárcel, existiera, sería un paraíso.

DOMINGO.—Aquí todos te quieren, cada cual a su manera, pero te quieren.

ADELA.—Algunos hay que me precisan nada más.

DOMINGO.—¿Y de dónde sacás ese cuento?... ¿Por que ellos son rudos?; pero si son así: ¡qué remedio!... Es tu deber soportar a los que te criaron.

ADELA.—Cuántas palabras para no querer; huecas de sentido. No las comprendo, no quiero comprenderlas. Experiencia... ¡Bah!... lo que me sobra es el frío de la comprensión... (*A un ademán de don Domingo*) No pretenda desviarme, viejo, ¿no ve que yo también soy herrera?...

DOMINGO.—¿Qué querés decir?

ADELA.—Que estoy cansada. Que si la madre murió de pena, la hija no la seguirá, no podrá seguirla. A mi madre la trajeron, pero yo he nacido aquí, ¿entiende?

DOMINGO.—No te violentés; escuchame, existen vínculos que nunca desatarán los hombres.

ADELA.—¿Nunca? ¿Cuáles vínculos?...

DOMINGO.—Para decir uno: la familia.

ADELA.—¡Ah!, ha puesto el dedo en la llaga: ¿qué es familia, deber o amor?

DOMINGO.—Amor, o no: la unión de los dos, porque el amor tiene deberes.

ADELA.—Don Domingo... No, la familia es amor puramente, porque el hombre nace libre y el deber es una cadena insoportable si no se llama satisfacción.

DOMINGO.—Hallarás satisfacción donde quieras encontrarla.

ADELA.—¡Ah, no, no!... (*Transición*) pero... no discutamos eso. La familia... la familia... ¡Bah!... para mi madre fué deber y no la tuvo, y para mí es amor, y aquí no lo hay.

DOMINGO.—Si te oyera León.

ADELA.—Me estrujaría, ya sé, es el argumento del deber: la fuerza. (*Don Pedro y León, en la derecha, discuten gritando*).

DOMINGO.—¡Quién razona con vos esta noche! Lo que tiene León es un carácter un tanto brusco, y sobre todo, unos celos indomables. Oílo. Sos demasiado linda y, lo que es peor, demasiado inteligente para él. Debías haberlo comprendido ya, aviniéndote a sus fallas. ¿Cuál es el mérito de los mejores, entonces?

ADELA.—¡Apartarse!...

DOMINGO.—¡Apartarse!... ¿De dónde, de qué vas a desligarte, vos?... Estoy por creer que se te ha volcao el juicio. (*Acercándosele deja caer lentamente las palabras*) Lo que debés hacer, y ya me comprenderás perfectamente, es arrancar de raíz eso que se te ha metido en el corazón y en la cabeza.

ADELA.—(*Temerosa*) ¿Qué?...

DOMINGO.—(*Para terminar*) Es inútil... Casate con León... Mejor es estar preso que muerto.

ADELA.—(*Idem.*) No comprendo...

DOMINGO.—Nada, repito que te casés y pronto. Tu marido será mejor que tu padre y tu novio. La seguridad, calma, m'hijita. (*En la derecha los gritos siguien*).

Dichos y León. Don Pedro adentro

LEON.—(*Se echa a escena poniéndose el sombrero*) ¡Ah!... ¡me mando mudar!...

PEDRO.—(*Adentro*) ¡Andá, andá, mal agradecido!...

LEON.—(*Volviendo de foro*) Vea, padrino, ya me está aburriendo. El único que no agradece aquí, es usted.

PEDRO.—(*Idem.*) No quiero saber nada, ¡haragán!

LEON.—(*Exasperándose*) ¡Hum!...

DOMINGO.—Dejalo, hombre, ¿no lo conocés?... ¿Qué le has hecho?

LEON.—Nada. Precisamente el padre de ésta, cuando no le hacen nada es cuando grita.

PEDRO.—(*Idem.*) ¡Así reventaran todos!...

LEON.—¡No puedo oirlo más!... Me voy... ¡Què se arregle!... (*Vase por el foro dando un portazo*).

Adela, don Domingo, Teresa, don Pedro

DOMINGO.—(*A Adela*) A ver si soplás el fuego vos, ahora.

ADELA.—¡Bah!... (*Se encoje de hombros*).

TERESA.—(*De foro*) Tata... ¡Cómo va León, ni me vió!...

DOMINGO.—Contra Pedro. ¿Adónde fuiste?...

TERESA.—A lo de la modista. Si viera qué lindo está mi traje para el civil.

DOMINGO.—¡Qué, ya está hecho?

TERESA.—No, pero falta poco... (*Advirtiendo a Adela, que se ha sentado bajo el parral*) ¿Ah, estabas ahí? (*Don Domingo lleva la escalera hacia el taller*).

ADELA.—¿No me veías?

TERESA.—Si están en la oscuridad. Deme fósforos, tata. (*Enciende el farol, devuelve los fósforos y mientras don Domingo lleva la cesta hacia la izquierda, dejando la tijera, se sienta frente a Adela, en una silla baja y la mira*) Debo hablarte. No es muy alegre, pero...

ADELA.—Te escucho.

TERESA.—De todos modos mejor es que lo sepas. (*Don Domingo ha vuelto y fumando su pipa, apoyado en la portezuela, mira al exterior*) Viniendo aquí me encontré con Florinda, la de al lado, y...

PEDRO,—(*Adentro*) León...

ADELA.—Se fué.

TERESA.—Me contó que anteanoche dando una vuelta con...

PEDRO.—(*Idem*) Podrías venir vos, Adela. (*Adela se levanta*).

TERESA.—Sí, es mejor, te lo cuento luego, estando solas.

ADELA.—Decime por lo menos...

TERESA.—Se trata de León... pero luego... estando solas... (*Vase por la izquerda*).

ADELA.—(*Tranquilizándose*) Ah, bueno.

PEDRO.—(*Idem*) ¿Estás sorda? (*Apareciendo*) ¿Dónde has puesto la tinta?

ADELA.—Aquí. (*Entra por primera derecha*).

PEDRO.—Tengo que escribir yo, a la fuerza, teniendo a dos idiotas... ¡Que no empiece, porque sino!... (*A Adela, que aparece*) ¡Deme eso. (*Le arrebata la lapicera*) Ni por cumplimiento te proponés. Traiga para acá! (*Adela lo sigue con el tintero*).

Don Domingo y don Fermín. Luego don Pedro y Adela

DOMINGO.—(*Yendo a sentarse a la izquierda*) Ya está aquí la ventosa.

FERMIN.—(*Por foro, tropieza al entrar. El alcohol le ha aumentado los años, rebajado la estatura y exajerado el color de la nariz*) ¡Ehpa!... Chau...

DOMINGO.—(*Friamente*) Buenas.

FERMIN.—¿Cómo te va?

DOMINGO.—Mejor que a vos, seguro.

FERMIN.—Habría que verlo... Andás todavía entre el fierro y eso (*señalando al taller*) rompe y quema.

DOMINGO.—No tanto como el alcohol.

FERMIN.—¡Alto, ahí!... El alcohol no quema, refresca. Es un descanso, el único descanso del pobre. Cuando el rico ha amontonao dinero, y no tiene más que hacer, duerme, si está seguro, o vela de desconfiao... Nosotros, rendidos de juntar pa ellos y sin montón que cuidar, chupamos o nos morimos. Es la ley.

DOMINGO.—Del débil.

FERMIN.—¿Ah?, ¿débil?... cualquier egoísta tiene fuerza entonces... pero, ¿no hay más gente aquí?...

DOMINGO.—Ahí están.

FERMIN.—¿Sos portero ahora? Estás tristón..

DOMINGO.—Si comparás con tu alegría.

FERMIN.—(*Yendo a derecha*) ¿Y eso qué tiene que ver?... (*En un traspies queda mirando al parral*). ¡Caray!... se han tomao toda la uva...

DOMINGO.—¿"Tomao"?... (*Sonríe*) Lo que es la costumbre.

FERMIN.—¿Costumbre de qué?

DOMINGO.—(*Serio*) De emborracharse.

FERMIN.—¿Qué te pasa ¿Estás enojao conmigo?

DOMINGO.—Con vos, no; con la bebida.

FERMIN.—¡Mire... mire!... a mí me contenta.

DOMINGO.—Pero a tu hijo y a tu mujer, los lleva al infierno.

FERMIN.—¡Que contestás fiero, che!... Vení... no te vayás... escuchá... Esteban no se permite decirme una palabra porque aunque tenga más bigote que yo, de un cachetazo lo meto en la tina de forjar, ¿sabe?... Yo he trabajado cuarenta años seguidos para hacerle vivir la madre primero, y mantenerlo a él después, ¿comprende?

DOMINGO.—Bueno, hombre, bueno.

FERMIN.—No... es que hace tiempo te lo quería decir... Me estorbaba la lengua callao. Si yo chupo ahora, es porque he soplao bastante. Cuando el mamaba, yo soploba, ahora, mientras él sopla...

DOMINGO.—Vos te mamás.

FERMIN.—¡Claro! ¿Y de ahí?

DOMINGO.—Que te podrías emborrachar solo, ya que te gusta, sin arrastrar a Pedro.

FERMIN.—¡Ah! ¡Ta... ta ... ta...! Ya sé qué herradura te falta. Te ha hablado Adela; pues yo, para que aprenda a respetarme, le voy a decir a Pedro cómo me trata su hija...

DOMINGO.—(*Teniéndolo*) Vos no vas a decir nada, Fermín, porque serías un mal hombre.

FERMIN.—¿Y para qué se ocupa de mí?... ¿por qué no me respeta?...

DOMINGO.—No lo merecés...

FERMIN.—¡Bah, bah!... Déjame en paz, hombre... Parecés Cristo, siempre aconsejando. Pedro no es un nene y... yo no arrastro a nadie... (*Como una cantinela*) Si chupa, es porque ha soplao. (*Yendo a derecha*) A quien voy a arrastrar yo... ¡Ah!... ahí la tenés... (*Pedro aparece detrás de Adela, cerrando un sobre*). Ah, ¿estabas aquí?... Vamos. (*A Adela que hace mutis por derecha*) Le podés decir a tu novio que le agradezco el favor que le pedí... y

sí... (*Con desprecio*) ¡Ah... son una punta de haraganes!... (*A Fermín*) Vamos.

FERMIN.—(*Por Domingo*) Este rabea porque está viejo. No siempre va a ser hijo, uno.

PEDRO.—Sí, sí, salgamos. (*Desaparece por foro*).

FERMIN.—(*Acercándose a Domingo que se ha sentado*) Chau, Mingo y disculpame. Dos amigos no pueden insultarse nunca, ¿verdad?... Cuando parecen rabiar es que se muestran el alma sin vestidos.

DOMINGO.—¡Claro!...

FERMIN.—(*Tambaleando*) No nos hemos peliado.... siendo robustos, y vamos a hacerlo ahora que nos caemos de... viejos...

PEDRO.—(*Abriendo de golpe la puertecita*) ¡Che, sinapismo!... (*Desaparece*).

FERMIN.—(*Asustándose*) ¿Ah?... Voy, hombre. (*A Domingo*) ¿Ves quien se apura?... (*Golpeándole el hombro*). Chau. Mingo.

DOMINGO.—Que te diviertas.

FERMIN.—Gracias. (*Saliendo por foro*) ¡A quien voy a arrastrar yo!...

Don Domingo y Pancho

DOMINGO.—(*Fumando, se apoya en la puertecita abierta; luego hacia el exterior*) ¿Cenaste ya?

PANCHO.—(*Entrando*) Sí. (*Por Fermín y Pedro*) ¿Adónde van?

DOMINGO.—Qué sé yo, a emborracharse.

PANCHO.—Y luego, quien paga es Adela...

DOMINGO.—¡Vaya si paga! (*Pausa en que Pancho observa como buscando a alguien. Llamando*). Teresita...

Dichos, Teresa y Adela

TERESA.—(*Adentro*) ¿Tata?... (*Aparece*) ¿Qué?... (*A Pancho*) Buenas...

PANCHO.—Buenas noches.

DOMINGO.—¿Por qué no cebás un matecito?

TERESA.—Lo está preparando mamá.

ADELA.—(*Lentamente, de izquierda*) ¿Cómo le va, Pancho?

PANCHO.—Bien, Adela... ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos, eh?...

ADELA.—(*Sonríe*) Sí.... (*Se sienta bajo el parral*).

TERESA.—(*Va al foro, atisba, vuelve y notando a Pancho silencioso, lo distrae*) ¿Y usted, qué dice?

PANCHO.—Lo de siempre: nada.

Dichos, doña Carmen, luego Esteban

CARMEN.—(*Por izquierda, trayendo el mate*) ¿De qué se trata, che, algún pleito? ¿No puedo tomar parte?

DOMINGO.—¡Cuando no!...

CARMEN.—(*Dándoselo*) ¡Tomá grillo!... (*A Pancho*). ¿Cómo está? (*A Teresa*) Creí que era tu novio, ¿no viene esta noche?

TERESA.—Sí, pero como están de balance...

CARMEN.—Estos novios, siempre balanceando.

ESTEBAN.—Buenas noches. (*De foro*).

TODOS.—Buenas.

ESTEBAN.—¿Cómo les va?

DOMINGO.—Ya lo ves.

ESTEBAN.—(*Notando a Pancho*). ¿Ahjá, trabajan de noche también? (*Los dos se miran; sus relaciones no son muy cordiales*).

CARMEN.—¿Por?

DOMINGO.—¿De noche?... No me parece.

ESTEBAN.—Como veo a Pancho aquí...

TERESA.—Vaya una novedad... Viene casi todas las noches a acompañarnos.

ESTEBAN.—¡Ahjá!... Para que no estén solos...
PANCHO.—Imagino que usted no quiere decir más de lo que expresa.
ESTEBAN.—Tengo por costumbre hablar todo lo que pienso.
PANCHO.—Eso es bueno.
DOMINGO.—(*A Carmen, cortando*) Tomá, tu mate está sin yerba.
CARMEN.—El tuyo, che. Acérquense a la cocina. Estoy cansada. (*Vase por izquierda*).
TERESA.—Yo lo voy a continuar... (*La sigue saltando*).
DOMINGO.—(*A Esteban*) Sentate, che.
ESTEBAN.—Me voy en seguida. (*Se sienta*).
TERESA.—(*Brindándole el mate*) Esteban... (*Pausa molesta en que lo sorbe*).
ESTEBAN.—¿Y León?
DOMINGO.—Se fué al galope, enojao con Pedro.
ESTEBAN.—¿Por?
DOMINGO.—Qué sé yo... pavadas...
ESTEBAN.—Lo bueno es que León le conoce el lado flaco al padrino y dispara. (*Devolviendo el mate*) Gracias... (*Se levanta. Teresa vase por la izquierda*).
ADELA.—Sí, tiene las manos muy finas.
PANCHO.—¡Oh! no mucho.
ESTEBAN.—(*Sonríe*) Hombre, usted habla como si hubiese probado sus puños.
PANCHO.—(*Irguiéndose*) ¿Yo?... (*Cambia, sonríe también*) Habría sido León el primer perdonado de la tierra.
ESTEBAN.—¡Bah!... ¡bah!, hoy no se perdona ya. La fuerza vale mucho.
PANCHO.—Pero no convence a nadie. La suya por ejemplo.
ESTEBAN.—(*Nervioso*) ¡Sería de verse!...
DOMINGO.—¿Qué bicho los ha picado a ustedes?
PANCHO.—Me río yo de los pechos levantados y de los brazos largos. (*Con tranquilidad afectada*). La paciencia es más.
ESTEBAN.—No conozco esa tangente.
PANCHO.—¡Oh!... comprendo... comprendo.
ESTEBA.—¡Los cobardes llaman al miedo paciencia o prudencia!
PANCHO.—(*Dominándose*) ¿Cobardes?... ¿Qué sabe usted de valor? Es demasiado fuerte para eso.
ESTEBAN.—Me gusta que lo sepa.
DOMINGO.—Avisen si van a peliarse como chicos de colegio.
PANCHO.—¿No ve que es incapaz de comprender? (*Se levanta*) Lo estoy llamando animal.
DOMINGO.—¡Atizá el fuego, vos!
ESTEBAN.—(*Adelantándose furioso*). ¡Yo le voy a demostrar sobre esa cara de tísico que tiene!...
CARMEN.—(*Que llega de izquierda*). ¿Qué hay?
TERESA.—(*Idem*). Pero, ¿qué les pasa?
PANCHO.—(*Se ha abalanzado y blandiendo las tijeras de podar, ataja a Esteban en el centro de la escena*). ¡No dé un paso más porque lo abro!...
ADELA.—(*Desde su sitio*). ¡¡Pancho!!... (*Domingo y Carmen, en medio de los dos, tratan de apartarlos. Esteban retrocede dominado*).
PANCHO.—¡¿Has visto, idiota?!
DOMINGO.—(*Empujándolo*). ¡Tirá eso, tirá eso, te digo!...
ESTEBAN.—(*Bajo*). ¡Cretino!...
CARMEN.—Callate, no seas zonzo.
PANCHO.—(*Tirando la tijera*). Hay hombres que no merecen un tajo.
ADELA.—(*Aparte*). ¡Oh!, ¡él es valiente! (*Más con la actitud que con la voz*).
CARMEN.—Parece mentira, estropearse por zonceras.

PANCHO.—No sé qué puedo haberle hecho... El sabe dónde encontrarme en cualquier momento. La prudencia tiene límites también. Buscarme aquí es una valentonada inexplicable. (*Transición*). Pero, perdónenme... El, es el amigo en esta casa, yo, apenas el conchabado... (*A Adela*). Repito mis disculpas, señorita... (*Se encamina al foro*).

ADELA.—(*Palpitante*). ¡Pancho!... ¡no se vaya! Usted también es amigo nuestro.

TERESA.—¡Claro!...

ESTEBAN.—¡Muy bien; entonces salgo yo!... (*Vase rápido por el foro*).

Adela, Pancho, don Domingo, doña Carmen y Teresa

PANCHO.—(*Acercándose*). Le agradezco de alma, Adela, pero, ha hecho mal. (*Más abajo*). Confía usted en fuerzas casi imposibles... Pero, recordaré siempre su actitud.

CARMEN.—¿Qué hubo?

TERESA.—Recién llegaba y...

DOMINGO.—¡Qué se yo!... Una palabra trajo la otra y se armó la gresca; por que sí. Esteban venía mal.

TERESA.—Es incomprensible, ha sido siempre buen amigo...

DOMINGO.—Sobre todo de León. (*Y observa a Adela que en silencio descualga la jaula y desaparece por derecha*).

CARMEN.—Vean qué manera de aguar el mate. Gracias a Dios que el asunto salió en bien y... (*Vase lentamente por izquierda. Adentro*). Che, Teresa, si quieren seguir tomando vení a buscarlo. (*Teresa desaparece por izquierda*).

DOMINGO.—(*Después de una pausa*). ¿Y cómo te venís a meter en este contrapunto?

PANCHO.—Era aguantar demasiado. Debí desenlazarme, lo sé... pero, no pude, no pude...

DOMINGO.—¡Ay, ay, ay!...

Don Domingo, Pancho, Teresa, Eduardo y doña Carmen

TERESA.—(*Con el mate, a Domingo, que está apoyado en un sostén de la parra*). Tome, tata.

DOMINGO.—No quiero más que éste; me hace sudar.

TERESA.—(*Va al foro. Al abrir la puertecita aparece Eduardo*). ¡Ah!, ¿llegaste?

EDUARDO.—¿Cómo estás? (*Entra*). Buenas noches.

DOMINGO.—¿Qué tal?

PANCHO.—Buenas noches.

EDUARDO.—Vengo de pasada, un instante. Debo trabajar hasta media noche.

TERESA.—¿Te vas en seguida?

EDUARDO.—Cinco minutos.

DOMINGO.—Mucho trabajo, ¿eh?... Eso es bueno.

EDUARDO.—Sí, el bendito balance anual.

DOMINGO.—Pero luego llega la propina. (*Da el mate a Teresa*).

EDUARDO.—¡Ah!... con ella cuento para comenzar a ser feliz. (*La mira amoroso*).

CARMEN.—(*De adentro*). Traime para acá a ese buen mozo.

TERESA.—Te llama mamá.

EDUARDO.—Con permiso, viejo.

DOMINGO.—Pasá... pasá... (*Vanse Eduardo y Teresa por izquierda, tomados de la mano*).

Don Domingo y Pancho

DOMINGO.—(*Sentándose cerca de Pancho*). ¡Eh!... ¡cuántas cosas!...

PANCHO.—Qué mal se vive. (*Pausa*). Cómo ha quedado tranquilo esto.

DOMINGO.—Tu tranquilidad es la que no me gusta. ¿Qué meditás?

PANCHO.—Nada malo. Cosas de hombre resuelto. Pero, qué linda noche. Cuánto cuesta decidirse.

DOMINGO.—¿De hombre resuelto, decís? ¿A qué?

PANCHO.—A seguir viviendo. Mire cómo relampaguea ese lucero. Los hombres... Los hombres son buenos cuando miran hacia arriba, después, ¡perros siempre! ¡Ah, cuánto siento la nostalgia de la soledad!... Aquí no se respira, todo está podrido, el corazón, la cabeza, todo... ¡yo también! Creí disparar a la peste y la llevaba conmigo, adentro. Perros, perros rabiosos. Por lo menos allá, en San Luis, donde nací, se podía llorar...

DOMINGO.—Sí, aquí no vivís bien.

PANCHO.—Aquí... ni llorar se puede, ¡da vergüenza!...

DOMINGO.—Sí, son pocos los buenos.

PANCHO.—No hay. Yo he leído mucho, don Domingo, pero he sufrido más. Antes creía que lo que enseñaban esos libros no podía ser, pero ahora sé que el corazón es más negro que el pensamiento.

DOMINGO.—Sabiéndolo hay que jugarle risa y pintarlo de blanco.

PANCHO.—No siempre se puede; y mire, lo único que me pesa es haberme apartado de mi madre.

DOMINGO.—¿Y por qué la dejaste?

PANCHO.—No me aclimataba en aquellos sitios ni con aquellos hombres. Era muy joven entonces; diez y ocho o diez y nueve años, y el campo tan extenso, tan abierto, me confundía, me asustaba... ¡Cuánta fuerza y cuántas ideas debían emplearse para llenarlo, para achicarlo!... Me siento siempre chiquito, muy chiquito para el trabajo que me señalan. He llorado mucho siendo chico. Un día galopé unas leguas, largué el caballo y subí al tren. Al venir hacia aquí, creía que habiendo más hombres juntos, podríamos ayudarnos más, mutuamente, con mayor ahinco, para llegar al fin... pero, qué ¡estaba equivocado! Si allá no se ayudan, aquí se roban. En el campo es más fácil ser bueno, convence el paisaje y el sol que se levanta para todos. En Buenos Aires las calles son jaulas en que la gente se aplasta para hacerse sitio.

DOMINGO.—(*Aferrando la ocasión*). ¿Y por qué no volvés?

PANCHO.—No; eso ya pasó. No soy el mismo de antes; mi pena está podrida.

DOMINGO.—Puede que halles acomodo al lado de tu vieja. (*Pancho lo mira*). A fin de mes, en lugar de mandar dinero te vas vos. Es lo más acertado... aquí no vivís bien.

PANCHO.—¿Por qué, viejo?

DOMINGO.—Pero, querido, por lo que decís.

PANCHO.—No, don Domingo, no le creo. Usted ha traído la conversación para decirme que me vaya.

DOMINGO.—¿Acaso me molestás, para que yo?...

PANCHO.—No, no pretenda engañarme, usted sospecha algo.

DOMINGO.—¡Qué voy a sospechar!

PANCHO.—(*Bajando la voz*). Usted sabe.

DOMINGO.—(*Idem*). Y bien, ya que lo deseas, sí, lo sé. ¡Vos querés a Adela! Hace tiempo que lo sé, antes que vos; y si ellos no se han dado cuenta todavía, no ha de faltar mucho. Esteban lo sospecha ya. (*Pancho afirma mímicamente*). Comprenderás lo que significa eso. Apenas León se aperciba de tu secreto te machaca la cabeza contra un yunque.

PANCHO.—¡Oh, no me intimida! ¡Sé defenderme!

DOMINGO.—¿Contra él?... ¡Bah!... León es un coloso.

PANCHO.—Para un hombre hay otro.

DOMINGO.—Aunque así fuera, ¿y ella?... León la mata de un zarpazo...

PANCHO.—¿Matarla?... ¡Oh!... (*Traduce en un ademán resuelto, cómo la defendería*). Es que ella les tiene un terror indecible. ¿Qué puedo hacer yo, que recién llego, contra veinte años de costumbre, de miedo a sus puños?...

¡Yo la defendería!... ¡Oh, si la defendería!... Pero sé que les temerá, que les teme ¡y eso es lo que me hace ser precavido, cobarde!...

DOMINGO.—(*Con temor*). ¿Le has hablado?... (*Pancho niega*). Todo eso es muy lindo para novela, Pancho, pero en la vida, ya lo sabés, hay otras leyes.

PANCHO.—Sí, las del más fuerte.

DOMINGO.—Ese debés ser vos apartándote.

PANCHO.—¡Ella me quiere!

DOMINGO.—Has llegado tarde, Pancho. Escuchame que estás en camino de hacer una locura. Doña Marta, la madre, al morir, creyendo substraerla a las groserías de Pedro, le rogó que casara a León con Adela; antes de expirar, les juntó las manos y los bendijo. Yo estaba presente. Hay vínculo sagrado entre ellos, ¡la voluntad de una muerta!

PANCHO.—Que no vale nada.

DOMINGO.—Pensá que el padre la ha criado para el ahijado y que León ha crecido junto a ella, convencido de ser dueño, único dueño. Ponete vos en su lugar e imaginá a León en el tuyo...

PANCHO.—¡Razonaría!...

DOMINGO.—¡Bah! esas son cosas que se dicen. León la quiere.

PANCHO.—Pero ella no, no puede quererlo. Y el mismo no la ama sino por costumbre; todo lo que le concedo es deseo.

DOMINGO.—Peor para vos. El amor se sacrifica—preguntale a tu corazón si no es cierto—y el deseo no. Mirá...

PANCHO.—Esos raciocinios me los he hecho ya mil veces y le aseguro que no valdrían un puñao de escoria, si ella no estuviera dominada, subyugada por el miedo. Yo sé que me falta energía. que por herencia me falta, y tan completamente, que ni el amor es capaz de dármela, pero si no fuera por ella, ¡si sólo perdiera yo! ¡Ah! pero temo, temo...

DOMINGO.—(*Al oir voces en la izquierda*). Salgamos, Pancho, ahí viene Eduardo. Vení, te acompaño. Vení... (*Lo arrastra hacia el foro y salen*).

Teresa, Eduardo y doña Carmen

CARMEN.—¿Y el viejo, che?

TERESA.—Habrá salido con Pancho, quedaron hablando aquí. (*Habla bajo con Eduardo, cerca del foro*).

CARMEN.—(*Da vueltas por la escena*). Pero, Eduardo, ¿qué hace?... Me parece que sus patrones no lo ven esta noche.

TERESA.—Mamá...

CARMEN.—Cómo entró tan apurado.

EDUARDO.—Tiene razón, doña Carmen; aquí me olvido de todo.

CARMEN.—Es para bien suyo.

EDUARDO.—Sí, hasta mañana.

CARMEN.—Que trabaje mucho. (*En el foro, Eduardo conversa otra vez con Teresa*). ¡Ah!... ¡caramba, se va a ir la leche!... (*Vase rápida por derecha*).

Teresa y Eduardo

TERESA.—¿Venís mañana?... Me fastidio cuando no estás.

EDUARDO.—(*Le tiene una mano*). Querida, ¿y yo?... Metido entre números hasta los ojos. (*Se miran*).

TERESA.—Bueno, andate... Se te hace tarde.

EDUARDO.—¿Me dejás así?

TERESA.—¿Y cómo? Si pudiera acompañarte.

EDUARDO.—Podés hacer algo para compensar casi.

TERSA.—¿Qué?

EDUARDO.—Dame un beso. Me seguirá tu perfume hasta mañana.

TERESA.—Nos verán...

EDUARDO.—¿Quién?... (*Se besan*).

TERESA.—Bueno, ya estás complacido.

EDUARDO.—¿Y vos no?... ¿no?...

TERESA.—Sí.

EDUARDO.—¡Otro por la contestación!

TERESA.—¡Ah no!... Andate... corré...

EDUARDO.—Adiós. (*Sale*).

TERESA.—Te espero, Eduardo. (*Le suelta la mano cuando ya ha desaparecido de escena, lo sigue con la vista, luego cierra y va hacia primera derecha*).

Teresa y doña Carmen

TERESA.—Adela... (*Entreabre la puerta*). Se ha quedado dormida sobre el libro. (*Tiene un instante de indecisión, se resuelve y cierra*). Se lo cuento mañana, de todos modos.

CARMEN.—¿Se fué?

TERESA.—Sí.

CARMEN.—Ya se prendía, ya. Son como pega-pega. Ya me veía cabeceando hasta las doce en una silla. ¡Si supieras cómo me gustan esos programas!...

TERESA.—(*Riendo*). Y, mi abuela lo habrá hecho por usted.

CARMEN.—Tu abuela no era tan zonza, che. Lo tenía calao al viejo y cuando se pasaba de las diez, se ponía a roncar tan feo que Domingo disparaba de vergüenza.

TERESA.—¿Y por qué no hace lo mismo?

CARMEN.—Yo no ronco. Y después, que ya los conozco bien: cuando más dormida yo más despiertos ustedes. Bueno, voy a lo de doña Catalina. Cuando vuelva tu padre pueden cruzar a buscarme. Adela, ¿dónde está?

TERESA.—Se ha dormido.

CARMEN.—(*En la derecha*). Adela... Y sobre el libro. Pero, che, vas a ser una vieja ciega. Che, voy a oir dos chismes de doña Catalina, que me mandó llamar y vuelvo. Háganse compañía por si no llega Domingo. Hasta luego. (*Vase foro*).

Teresa y Adela

TERESA.—(*Después de una pausa, lentamente*). Antenoche vieron a León por la calle Córdoba con una mujer.

ADELA.—¿A León?

TERESA.—Sí, Florinda, la de al lado, salió con la madre a dar una vuelta y lo encontraron.

ADELA.—(*Con despecho*). Con una mujer.

TERESA.—Dicen que hizo como que no las había conocido y tan tranquilo.

ADELA.—¡Ah! y en seguida se impuso contar la noticia a todos los que saben que soy su novia. Qué valdría sino, tan feliz casualidad. Y, claro, a vos antes que nadie, para que vos, corriendo. ¡Oh, qué malos son!...

TERESA.—Adela...

ADELA.—No pensaron que fuese una parienta o una amiga a quien acompaña. ¡Qué! ¡Es una mujer!

TERESA.—¡Oh! bien sabés que por más que simulen se nota.

ADELA.—Si yo fuese otra mujer, una novia... como casi todas las novias, en las que el amor ha desalojado al sentido común, esta baba sería causa más que suficiente para una ruptura dramática, pero a mí, no me causa sino asco.

TERESA.—¡Cómo!... no te da pena que León, teniéndote a vos, vaya...

ADELA.—Pero, Teresa, si soy apenas novia y los hombres necesitan mujer.

TERESA.—¡Adela, vos no querés a León!

ADELA.—¡Si va a ser mi marido!

TERESA.—Eso no es contestar.

ADELA.—Decime: ¿crees que me casaría con él si no lo amara?

TERESA.—¡Sería monstruoso!

ADELA.—¿Por qué?

TERESA.—León te adora.

ADELA.—¡Ah! ¿también lo crees?... Vamos... (*Ríe forzadamente*). No hablemos más del asunto... no arribaríamos a nada razonable...

Dichos y don Domingo

DOMINGO.—(*Del foro, va a sentarse a la izquierda*). Bueno.
TERESA.—¿Qué?...
DOMINGO.—Nada, pues. (*Se enjuga el sudor de la frente*).
TERESA.—¿Adónde fuiste?
DOMINGO.—Charlando con Pancho.
ADELA.—Lo oí discutir.
DOMINGO.—(*Enderezándose*). ¿Oiste?
ADELA.—Es decir, hablaban con tanto calor...
DOMINGO.—¡Ah!... Sí; anda extraviado y me permití aconsejarlo.
TERESA.—Hace tiempo que lo noto triste.
DOMINGO.—Sí. Creo que va a San Luis con la madre.
ADELA.—¿Se va?...
DOMINGO.—Y está en lo justo. Cuando uno se halla mal en un sitio, lo mejor es alejarse. Y si está enfermo, curarse. ¿No te parece?...
ADELA.—(*Temiendo venderse*). ¿Qué puedo decir, yo?... Si está mal y enfermo natural es que se cure. (*No sin un tanto de orgullo*). Si puede...
DOMINGO.—Todo se consigue con voluntad.
TERESA.—(*A Domingo*). Mamá te espera en lo de doña Catalina.
DOMINGO.—¿Disparó ya?... No, me aburro menos, durmiendo.
TERESA.—Entonces me voy. (*Se levanta, acariciando a Adela*). Hasta luego.
ADELA.—Hasta luego.
DOMINGO.—(*Abre la puertecita y deja pasar a Teresa*). Y vengan pronto, no se queden lateando. (*Cierra. A Adela*). ¿No te acostás?
ADELA.—Sí, ya voy...
DOMINGO.—Hasta mañana. (*Vase lentamente por izquierda*).
ADELA.—Hasta mañana... Viejo... (*Don Domingo no la oye y ella no se atreve a repetir el llamado*).

Adela, después León

ADELA.—(*Con despecho*). Le ha contado al viejo. (*Se sienta cerca de la derecha*). ¡Es un cobarde! (*Pausa*). ¡Qué soledad!... Se aleja, se retira... ¡qué poca cosa!... (*Llora, silenciosa y amargamente, con rabia de llorar*). ¡Ah!... ¡mi madre!...
LEON.—(*Por el foro*). ¿Sola?... ¿Se fué don Pedro?
ADELA.—(*Enjugándose los ojos a escondidas*). Sí.
LEON.—¿Por qué llorás; de miedo?
ADELA.—(*Desdeñosa*). ¿Acaso solo se llora de temor?
LEON.—¿Y entonces?
ADELA.—Recordaba a mi madre.
LEON.—Y eso, ¿a qué viene?
ADELA.—No sé, me pareció verla. ¡Me hace tanta falta!...
LEON.—¿Recién te apercibís? (*Se sienta cerca de ella*).
ADELA.—Recién. (*Callan*).
LEON.—Estás mal esta noche. Vaya una novia que me he echado.
ADELA.—¿Te quejas, eh?
LEON.—Yo no me quejo nunca.
ADELA.—Ni rogás.
LEON.—Tampoco, menos aun. Si puedo quiero, exijo, sino me callo.
ADELA.—Es claro. ¡Y si supieras qué hermoso es para una mujer que su novio le deba algo!
LEON.—(*Alegrándose*). ¡Ah! comprendo. Estás romántica. Bien. Voy a conformarte pidiéndote lo que podría tomarme.

ADELA.—Ahora sería más duro que una imposición.

LEON.—¿Por qué? Llegaré hasta rogar. Ya ves que soy un león manso. Estoy contento, feliz...

ADELA.—Es extraño.

LEON.—Sí, tenés razón, muy extraño... pero me gustó hallarte aquí... (*Mirando a su alrededor*). La herrería me parece tan diferente, tan nueva esta noche, que tengo la impresión... así... como de estar saboreando una comida rica, desconocida... Hasta hablo mejor. (*Se decide a contarle*). Mirá... Estaba en el café con Angel y Juan, aburridos, hablando de trabajo, de fierro, de escoria. Tomábamos. De pronto, por entre las mesas de la calle atraviesa una mujer, sola, bonita... muy parecida a vos; la estatura, el cuerpo, la manera de caminar, de levantarse el vestido, mostrando un pie chiquito, muy chiquito, y sobre todo el pelo, un pelo fino, relumbroso, llamativo, peinado así como el tuyo... (*Se lo acaricia con mimos de deseos. Adela lo mira sorprendida e incómoda. León continúa con más ardor evocando*). ¡Qué linda!... Fué una visión, una imagen tuya, pero, tan igual, tan patente, que te ví desde allá, en este patio tranquilo, triste, solitario, oscuro... Entonces sentí unos deseos indomables de tenerte cerca, de hablar con vos, de tocarte, de... no sé... (*Transición*). Los dejé con una mentira y vine rápido, temiendo que te hubieras acostado y con la idea fija de que si estabas despierta...

ADELA.—Me besarías.

LEON.—Sí, pensaste lo mismo.

ADELA.—Es que te conozco y sé cómo me querés.

LEON.—(*Abrazándola*). ¡Mucho... mucho!...

ADELA.—Dejame. (*Intenta desasirse. Luego como idea repentina*). ¿Y si yo no quisiera que me besaras?

LEON.—¿Y por qué?

ADELA.—Imaginá. (*Está de pie, excitada*).

LEON.—¿Y por qué, repito?... No es el primero ni el último que te daré; no comprendo.

ADELA.—Sencillamente que mi albedrío me dictara un apetito contrario. Que no quisiera lo que vos querés. Que no me conocieras y yo abrigara otra voluntad que la tuya.

LEON.—¡Adela!

ADELA.—¿No te explicás, eh?

LEON.—No. No me explico, porque vas a ser mi mujer.

ADELA.—(*Aumentando*). Pero imaginá que como deseabas encontrarme, yo ansiara no verte, ¡estar sola, tranquila, libre!...

LEON.—(*Idem*). ¡Vos no podés pensar eso, porque yo te quiero, porque vas a ser mi mujer, repito!

ADELA.—(*Desafiante*). ¿Y no tenés otra razón que dar?...

LEON.—(*Violento*). ¿Cuál, cuál, que ya estoy impaciente con este juego? (*Se miran*). ¿Acaso que no me querés?

ADELA.—¡Sí!... ¡Que mi corazón no latiera unísono al tuyo! ¡Que a pesar de mí no pudiera amarte!...

LEON.—¡Delirás!...

ADELA.—¿No te has detenido a pensar cómo obrarías frente a un caso semejante?

LEON.—(*La aferra de los brazos*). ¡Adela! ¡Te mataba!... ¡Pero, decí que has mentido!

ADELA.—(*Intenta aún erguirse*). Soltame...

LEON.—¡Contestá!

ADELA.—Me hacés mal, León...

LEON.—(*Tiene un puño levantado*). ¡Decí que has mentido, decí!

ADELA.—(*Con un esfuerzo grande consigue reír*). Soltame. Te lo habías creído... Soltá.

LEON.—(*Rechazándola con fuerza*). ¡Hum!... ¡me has hecho pasar un momento terrible!... No jugués así, podrías arrepentirte...

ADELA.—(*Aparte*). ¡Oh, vana esperanza! ¡Qué va a ser de mí!

LEON.—Pero, ¿qué murmurás? ¡Adela! (*Está muy cerca de ella dominándola otra vez*). ¿Qué tenés?

ADELA.—(*Tocándose las muñecas*). Me has hecho daño...

LEON.—Te encuentro extraña... muy extraña...

ADELA.—¿Pero todavía crees?

LEON.—Oh, no estaría así, si dudara; pero, tu actitud me subleva, me irrita. Te quiero sumisa como lo has sido hasta hoy, como debes serlo toda la vida, ¡siempre!

ADELA.—¿Y de qué otra manera podría ser, pobre de mí? ¿No soy débil, buena con vos?...

LEON.—¡Que no me amabas más! ¡Oh, a la sola idea brota de mi pecho algo obscuro y terrible que me aprieta la cabeza y da a mis manos una voluntad salvaje de triturar, de exprimir! Es que te quiero, Adela, no sé porqué, pero te quiero, te deseo, te preciso... esa es la palabra, te preciso por sobre todas las cosas! (*La tiene reclinada sobre un brazo, sentados; la besa*).

ADELA.—Por favor, León... (*Pretende apartarse*) pueden vernos... (*Aparte*). ¡Oh, qué suplicio!...

LEON.—¡Qué me importa; sos mía, Adela, nadie podrá arrancarte de mi lado, mía sola!... Si llegaran a faltarme estos besos de tu cara, me volvería loco, loco... y mataría...

ADELA.—Calmate, León, me das miedo... (*Echando mano de un subterfugio*). Y me olvidaba... don Domingo está ahí... en su pieza, puede venir...

LEON.—¡Qué me importa, te digo! ¿No soy tu hombre?...

ADELA.—(*Con repugnancia que él no ve, cegado por el deseo de posesión*). ¡Ah, no, todavía no!...

LEON.—(*La aprieta más, sibilante de pasión*). ¡Falta tan poco!... un mes... un mes aún y entonces sí podré llamarte cosa mía, mía por entero.

ADELA.—¡Oh!... (*Con terror*). ¡Tuya! ¡tuya!

LEON.—Y vivir juntos, besándonos; vos para contentarme, yo para defenderte...

ADELA.—(*Temblando*). Sí, eso es, eso es, me defenderás... (*Con miedo extraño que no puede dominar*). ¡me defenderás de los cobardes!... (*Sacuden rudamente el portón, luego golpean con grosería*). ¿Quién será?... (*León se endereza, despierta. Golpean más fuerte aún, entonces, nerviosamente va a abrir*).

Adela, León y don Pedro

PEDRO.—(*Desde afuera*). Abrí, pues. (*Entra*). ¡Parecen gallinas!... (*Está ébrio. Aunque no tambalea, por el poder de la costumbre o por su fuerza física, su mímica es falsa y su voz más ronca que siempre. Tropieza en el travesaño de la puertecita. León, contrariado, intenta sostenerlo*). Largame, que no soy ningún flojo como vos, que te dormís con el sol.

LEON.—Estaba despierto.

PEDRO.—¿Y por qué no abrías, eh?... ¿Esperabas que echara abajo el portón?

LEON.—Recién golpeaba.

PEDRO.—Recién golpeada, hace una hora que estoy afuera.

LEON.—(*Secamente*). ¿No llevó la llave?

PEDRO.—No sé. No tengo que darte cuenta... ¡a nadie! Vos también te volvés pura pregunta como la señorita esa... (*Señala la derecha, sin mirar*). ¡claro! por algo son novios, tal para cual. (*Adela rendida se ha sentado cerca de su cuarto. Mortificada ahora mira a don Pedro con rabia y lástima. León impaciente, se sienta a la izquierda sin contestar*).

PEDRO.—(*Con obstinación*). La llave no le importa. La perdí, ¿y con eso?

LEON.—Bueno, se acabó.

PEDRO.—¡No faltaba más!... ¿Quién manda aquí, eh?... (*Como León sostiene, aunque a duras penas, su actitud pasiva, don Pedro se dirige a su habitación, entonces ve a Adela*). ¡Ah, natural!... ¡cómo me iban a oir!... (*Se adelanta para seguir gritando, pero se arrepiente*). ¡Eh! ¡tiempo perdido!... (*Desaparece por tercera derecha, rezongando, y se le oye golpear contra los muebles*).

LEON.—(*Después de una pausa. Junto a Adela*). Conviene callarse. Hasta mañana.

ADELA.—Sí, es mejor dormir. (*Apaga el farol, y, poniendo la cabeza entre los brazos, los apoya contra un pilar de la parra. León, arrastrando su deseo interrumpido, se encamina lentamente hacia segunda derecha sin mirarla ni hacer caso de ella, pero al ir a entrar, sale el borracho*).

PEDRO.—(*Adentro*). ¡Ah!... (*Echándose a escena*) ¿dónde está?... yo le voy a enseñar educación a esa... (*Va a la derecha; sin advertirla*). Adela.

ADELA.—¿Qué quiere?...

PEDRO.—(*Volviéndose*). Vení para acá. (*La toma de un brazo*). Decime, ¿por qué le ponés trompa a Fermín?... Hablá.

ADELA.—Suélteme. (*León está dos pasos atrás*).

PEDRO.—Contestá. Lo tratás mal para que se me queje y me avergüence, ¿no? (*Le aprieta los brazos*).

ADELA.—¡Ay!...

LEON.—(*Apartando de un golpe a don Pedro*). ¡Lárguela!

PEDRO.—¿Quien sos vos?... Vos sos menos que hijo, sos ahijao, apenas.

LEON.—Don Pedro ¿no le da vergüenza?

PEDRO.—¿A qué te metés? ¡Es mi hija!...

LEON.—¡Es mi mujer!...

PEDRO.—¿Qué?... Todavía no... yo mando sobre ella hasta entonces; salí, le voy a enseñar...

ADELA.—¡Oh, qué ignominia!

LEON.—¡Don Pedro, no me haga hacer una barbaridad! Usted no es nadie ya para ella porque me la ha dado a mí y ya estoy harto de verla maltratar. ¡Basta!... Si no lo entiende, sépalo; yo no quiero que ella pague sus rabias. ¡Cuando necesite aplacárselas, hágalo conmigo!...

PEDRO.—¿Ah, sí?

LEON.—Sí, no quiero que la toque más. Es mía... mía. (*Va hacia Adela y la sostiene con un resto del erotismo anterior*). Tranquilizate.

PEDRO.—¿Con que se han juntao para rebelarse?... Muy bien... ¡muy bien!... ¡me vas a saber decir lo que es bueno!... (*Con tranquilidad de borracho*). Arreglensé... Dejenmé tranquilo, arrinconado... que yo no los necesito a ustedes, al contrario, me sobran. Soy solo. (*A León*). Y vos, vendrás a pedirme consejo... ya te picará la serpiente, no te ocupés... (*Dirigiéndose a su cuarto*). ¡Víboras!... ¡Víboras!... (*Desaparece*).

LEON.—(*Con desprecio*). ¡Ah! (*Nuevamente tiene a Adela. Ella llora, sofocada de dar esa muestra de debilidad*). ¡Cómo! ¿Llorás otra vez?... Pero, qué sos vos, ¿una mujer o un chico?... A ver... el llanto me fastidia. Sabelo: me fastidia. Los herreros no se quejan. Secate los ojos. Pronto terminará esto. Ahora me tenés a mí...

ADELA.—(*Se seca los ojos rabiosamente*). ¡A vos!... (*Y lo mira. El sarcasmo es tan amargo que la fuerza a reir*).

LEON.—Sí... ¡para siempre!...

ADELA.—Es verdad. (*Ríe con lágrimas*). A vos... a León... ¡para siempre, a pesar de todo, para todo!... (*León la besa*). ¡para siempre!... (*Un espasmo le rasga la garganta*). ¡Oh, mi vida!... ¡mi vida!... (*Y mientras él la besa, apretándola, Adela llora como un vencido. Telón*).

ACTO SEGUNDO

Pieza-comedor. Una puerta en cada lateral y otra a foro por la que se ve parte de la decoración del primer acto, inclusive la fragua. En medio de la escena, la mesa con su carpeta sin extender; a la izquierda, el cristalero y cerca del fondo una máquina de coser, descansando, abandonada; a la derecha en primer término, la cómoda con una maceta, un peine, un espejo de mano y un reloj despertador. En el ángulo derecho del foro, otra mesita, ordinaria, sobre ella un calentador, su "pava", una cafetera, un mate y recipientes con café, yerba y azúcar. Algunos cuadros y un cromo sin marco. Las sillas del acto anterior, un delantal de cuero, un "chambergo", etc. todo en el inconsciente desorden propio de la hora y del descuido de sus dueños.

El verano agoniza. Es de noche aún. La escena alumbrada por esa claridad azul-violeta vanguardia del alba. El sol se levanta, pero lentamente, con lástima, como si la herrería no mereciese su luz.

León, don Pedro, Adela y doña Carmen

(*Al levantarse el trapo, se oyen al exterior los ruidos de la ciudad que despierta en una armonía confusa. Un silbato policiaco trina lejanamente. El grito monótono y madrugador de un comerciante vagabundo se pierde en el laberinto de calles. Una sirena de fábrica ronca un instante y despierta, hambrienta del desayuno de carne viva que tiene a la vista. La campana de la iglesia vecina llama a sus feligreses, triste, rastreramente, intoxicando, difamando, desde la obscuridad, a esa mañana que llega vertiendo vida. León aparece de izquierda, en camiseta. Trae una toalla envuelta al pescuezo y en los ojos el peso de una noche de sopor. Va al foro, mira al cielo, al patio, restregándose los brazos y los hombros, achuchado. Se despereza, luego se oculta por foro derecha y se le oye lavarse a chapuzones. Vuelve secándose enérgicamente. En la pieza de la derecha don Pedro tose con esa congestión propia del borracho consuetudinario al despertar*).

LEON.—Adela. (*Pausa. Más fuerte*). Adela.

ADELA.—(*Desde la izquierda*). Sí.

LEON.—(*Punzante*). ¿Querés el desayuno en la cama?

ADELA.—(*Aparece abrochándose la bata aún*). No hace falta.

LEON.—Creía. (*Desaparece por izquierda. Adela enciende el calentador y coloca sobre él la marmita que ha ido a llenar de agua por foro derecha. Don Pedro sale de derecha, hosco, lleva una toalla, vase por foro y se le oye también lavarse con mucho ruido. Quda parado en el forillo secándose*).

ADELA.—(*Se acerca a izquierda*). ¿Mate o café?...

LEON.—(*Adentro*). ¡Qué café ni café! ¡mate! (*Don Pedro entra. Al oir a León hace un ademán de impaciencia*).

ADELA.—(*Sale al patio a vaciar el mate*). Buen día, doña Carmen.

CARMEN.—(*Adentro, a la izquierda del foro*). Buen día, m'hija, ¿querés?...

ADELA.—Voy a cebar.

CARMEN.—(*Acercándose*). Tomá. (*Mientras Adela sorbe el mate, conversan en el forillo. Don Pedro se peina groseramente frente a la cómoda*).

ADELA.—Mañana fría.

CARMEN.—Ya es tiempo. ¿Se levantó la gente, che?...

ADELA.—Sí.

CARMEN.—(*Asomándose*). Buen día, Pedro.

PEDRO.—(*En un rezongo*). Buen día. (*Va a la mesa del rincón, saca la marmita de la lumbre y pone la cafetera*).

CARMEN.—(*A Adela, por don Pedro*). Vino tarde anoche, a la fija.

ADELA.—Sí.

CARMEN.—¿Borracho?

ADELA.—Sí, deshecho.

CARMEN.—(*Recogiendo el mate*). ¿Gritó?.

ADELA.—No, ahora ya no pelea, cuando está ébrio enmudece.

CARMEN.—Mejor, che. ¡Ah!, anoche, después que te acostaste vino Eduardo. Teresa anda medio delicada.

ADELA.—¿Qué tiene?

CARMEN.—¡Qué se yo!... El casamiento no le ha asentado mucho. Luego voy a ir.

ADELA.—Preguntelé si me precisa. Ella también. ¡Pobres mujeres!.. (*Carmen suspira y hace mutis. Cerca de la mesita, a don Pedro*). ¿Por qué sacó la pava? Iba a hacer café fresco.

PEDRO.—Dejá no más, atendé a tu marido; nunca he precisado de nadie y ahora menos. (*Adela hace un esfuerzo de paciencia y vase por foro con la marmita*).

Don Pedro y León

LEON.—Buen día.

PEDRO.—Buen día.

LEON.—¿Qué hay?

PEDRO.—Eh, se levantó temprano y rabea. (*Saca una taza del cristalero*).

LEON.—(*Va a foro. Por la campana que sigue llorando*). ¡Maldita campana!... (*Don Pedro no contesta, va al patio y arroja la mitad del contenido de la cafetera. León se impacienta*). ¡Y sigue!... ¡sigue!...

PEDRO.—(*Frente al calentador*). ¿Y a qué te metés con ella, vos?... Llama a los que no tienen que hacer.

LEON.—¡Ni que pidieran de mamar!... ¡haraganes!... ¡Habría que hacerles batir fierro, ya pedirían auxilio!... (*Pausa. Don Pedro sigue atareado*). ¿Dónde está Adela?...

PEDRO.—No sé. En la cocina andará...

Dichos y don Domingo

DOMINGO.—(*De foro*). Buenos días. Hoy habrá que terminar el trabajo de Savelli. Está apurado.

PEDRO.—Cuándo no está apurado, ese.

LEON.—¿Dónde lo vió?

DOMINGO.—Vino anoche. Debemos conformarlo. (*A don Pedro*). Podés dejar la compostura que dejaste ayer...

PEDRO.—También es de apuro.

LEON.—Que la sigan Pancho y el Ñato, es menos importante.

DOMINGO.—Eso iba a decir.

PEDRO.—Arreglen ustedes.

LEON.—Sí. Yo de una escapada voy a tomar las medidas de la escalera.

DOMINGO.—¡Ah!... es cierto...

LEON.—Queda cerca, cuestión de un cuarto de hora. (*Don Pedro se sirve el café*).

DOMINGO.—Eso es. Mientras se desayunan voy a encender la fragua. (*Vase por foro, luego se le ve en el fondo trabajando en alimentar el hornillo*).

Don Pedro, León y Adela

LEON.—(*Desde el foro*). Pero, Adela, ¿qué hacés?...

ADELA.—(*Dándole el mate*). Tuve que ir a la cocina; estaba ocupado el calentador.

LEON.—(*Devolviendo el mate*). Tomá, está frío. (*Adela vase por el foro*).

PEDRO.—(*Dejando la taza rudamente. Para sí, casi*). ¡Eh, ayuda de hijos ayuda de mulas!... (*Desaparece por derecha*).

León y Adela

LEON.—(*Se sienta. Adela vuelve con la marmita que coloca sobre el calentador, "ceba" y le da el mate en silencio. Pausa*). ¿Qué tenías anoche?

ADELA.—¿Por qué?

LEON.—Te quejabas.

ADELA.—Alguna pesadilla.

LEON.—¡Ah, la señora sueña, no me acordaba!
ADELA.—No es de herreros, ¿verdad?
LEON.—Es de haraganes.
ADELA.—¿Sí, eh?... qué querés, yo sueño.
LEON.—Por eso. (*Devuelve el mate*). Si tuvieras que ganarte el pan al lado del yunque y una mujer que te ayudara a comerlo, nada más, no te ibas a permitir ese lujo.
ADELA.—Es muy cierto. El yunque no permite tener mujer, ni la merece.
LEON.—De humo no, tiene que ser de fierro.
ADELA.—Así como yo. (*Ceba*).
LEON.—Como vos... ¡Bah, pobrecita!...
ADELA.—Eso, compadeceme, herrero... (*Se lo brinda*).
LEON.—¿Pensás ofender con esa palabra?...
ADELA.—¿Acaso puede ofender el humo al fierro?... y luego que sos mi marido... ¡el marido!... Lo más delicado o lo más terrible que puede comprar una mujer.
LEON.—(*Con desprecio*). Comprar...
ADELA.—Tenés razón, vender.
LEON.—(*Con tranquilidad hiriente*). Vender... ¡Bah!... Conseguir dirás.
ADELA.—(*Aparte*). Soportar. (*Sigue cebando*). Pero, ¿te incomodé?... ¿no pudiste dormir?... (*Irónica*). Te aseguro que otra noche...
LEON.—¿Empezás a pinchar?...
ADELA.—Es que tengo tanta voluntad como para no soñar si así lo deseas.
LEON.—¡Sí, porque es de zonzos!
ADELA.—Seré.
LEON.—Y mal educada de yapa.
ADELA.—Puede ser también... ¡he tenido tan pocos maestros y tan malos.
LEON.—Te los habré dado yo.
ADELA.—¡Oh! tranquilizate, lo que sé no se lo debo a nadie.

Dichos y don Pedro

PEDRO.—(*Aparece por derecha. Pausa larga. A León, luego que nota la actitud nerviosa de Adela*). ¿Qué tiene ésta?
LEON.—La pregunta. Lo de siempre, se queja.
PEDRO.—Costumbre y herencia.
LEON.—Hasta de noche, durmiendo, se queja.
ADELA.—Pero, ¿cuándo han oído un lamento mío?
PEDRO.—Y tiene el cinismo de preguntar.
ADELA.—Sí, pregunto, ¿cuándo he mostrado mi dolor?
PEDRO.—Siempre.
ADELA.—Mentira.
PEDRO.—¿Qué has dicho?
ADELA.—¡Mentira!...
LEON.—¡Basta!...
PEDRO.—¡La indigna!... ¡Oh!... tiene a quien parecerse, perdé cuidado, pero, yo la conozco y bien.
LEON.—(*Se despeina de un manotón*). ¡Uf!
PEDRO.—Tapate los oídos ya que tenés la culpa.
LEON.—¿Quién? ¿Yo?...
PEDRO.—Sos un pobre hombre. Nos has aprendido a tratar con estas mujeres todavía.
ADELA.—Sí, vuelvan a sus fierros, agarren el martillo y machaquen, machaquen, que es para lo único que han nacido!...
LEON.—¡Vos sos peor que fierro, hay que romperte!
ADELA.—¡Oh, los herreros!
LEON.—Tengo de sobra con lo mío. ¡Basta!... nos iremos de aquí, pero... ¡basta!

PEDRO.—Esa lengua de víbora...

ADELA.—(*Estallando*). ¡Y bien, sí!... ¡Víbora!... ¡Víbora!... ¿O creen que porque estoy aquí, no late mi pulso, no trabajan mis nervios? ¿Qué quieren de mí? ¿Qué?... ¿No me están destrozando esta pobre vida que no les debe nada? Y entonces, ¿qué ansían aún? ¿Qué los bese? ¿qué los acaricie?... ¡Ah! ¡no faltaba más!... Mi corazón no está aquí, no, no está en ninguna parte, no tengo, ¡se lo han comido ustedes y todavía creen que me quejo!... ¡Miente quien lo diga, no me quejo, insulto!

LEON.—¿Te vas a callar, sí o no?

PEDRO.—¡Qué!... A estas no se les convence así.

LEON.—¿Habrá que emplear la fuerza para que entiendas?

PEDRO.—¡Ah!... ¿te vas dando cuenta?

ADELA.—(*A don Pedro*). ¿Cuenta de qué? (*A León*). ¿Qué fuerzas vas a emplear vos?... ¡Oh, pobre gente! A mujeres como yo no se les golpea, ¿entendés?

LEON.—(*Adelantándose, pero no muy decidido*). Adela... mirá...

ADELA.—¡Atrevete!... ¡pegá!... ¡da el paso que te falta! (*La fragua está en su apogeo. Doña Carmen y don Domingo frente a ella*).

PEDRO.—(*Al verlo titubear*). Lo que pasa es que te embauca con esas cosas lindas que dice, pero, a mí no. ¡Oh!... Bastante me ha dado que hacer la madre para soportar a ésta todavía... porque ésta es igual que Marta...

ADELA.—¡No la nombre; tenga vergüenza!

PEDRO.—¿Vergüenza?... ¡Raza odiosa! (*A León*). ¡Oh!... no sabés todavía...

LEON.—¡No quiero saber nada!

PEDRO.—Han nacido para mi mal, la madre y la hija.

ADELA.—¡La nombra!... ¡La recuerda!...

Dichos, don Domingo y doña Carmen

DOMINGO.—Pero che, ¿qué les pasa?... ¿No pueden estar un momento en paz?

CARMEN.—¿Qué hay?

LEON.—Nada, anda...

DOMINGO.—¿Cómo, nada?

ADELA.—(*Señalando a Pedro*). ¡Tiene alma de acordarse de mi pobre madre, viejo; sigue denigrándola de muerta como le amargó todos los minutos de su vida!

DOMINGO.—Pero, Pedro.

CARMEN.—¡Caramba!... (*El sol que llega suaviza el rojo devorador de la fragua*).

ADELA.—¡Y el sol viene, entra aquí, nos alumbra, nos calienta! ¡Y yo, solo porque soy la hija de aquella mártir, debo soportarlos, vivir con ellos, seguir sus destinos bajos, ser otro eslabón de la eterna cadena de la esclavitud!... ¡Sólo yo no debo tener carácter, ni orgullo, ni amor propio, nada... sino el consuelo de llorar en silencio, o la rabia de morir de impotencia!... ¡Ah! ¡no!... ¡no!... (*Vase por izquierda*).

CARMEN.—Bueno, che... calmate... (*La sigue*).

Don PePdro, don Domingo y León

LEON.—¡Adela!...

DOMINGO.—Dejala, te conviene... ¿no ves cómo está?

LEON.—(*Volviéndose a don Pedro*). Explíqueme usted, entonces.

PEDRO.—(*Haciendo esfuerzos para no gritar toda la infamia*). ¿Yo?... ¡Hum!... ¡qué sé yo!... deseos, porquerías, rabia, ¡igual que la madre!

DOMINGO.—¡Qué igual ni qué igual, hombre! Lo que tienen que hacer es mejorar la vida de esa pobre chica que no les hace mal alguno. ¡Se están encarnizando!...

PEDRO.—(*Muy cerca de él, con voz cavernosa, dominado por el odio hacia algo misterioso que le conturba*). Te he dicho que te callés, Domingo, y conviene. ¡Qué sabés vos de lo que hay aquí! (*Se golpea el pecho que retumba*).

DOMINGO.—¡Un pedazo de fierro!

PEDRO.—¡Sí, un pedazo de fierro; no lo pongás en la fragua!

LEON.—(*Se ha quedado pensativo. La voz de don Pedro le choca con el poder de las afinidades en los caracteres; levanta la cabeza, lo mira*). Pero, ¿qué tiene?... ¿por qué habla así, usted?

PEDRO.—Esto es mío, solamente mío. No te interesa. Dejenmé; no tengo nada.

DOMINGO.—O ustedes se han vuelto idiotas o se creen que a las gentes se les maneja como a martillos. Están equivocados. (*A don Pedro*). Y vos, debías haberlo aprendido ya.

PEDRO.—(*Colérico*). ¡Hum!... ¡es mejor que me mande mudar! (*Vase a su cuarto y luego atraviesa la escena, poniéndose un delantal, en dirección al taller*).

DOMINGO.—Sí, es mejor. (*Y cuando no lo oye*). ¡Mal hombre!...

Don Domingo y León

LEÓN.—(*Aparte*). Aburrida ¿de mí?... ¡Hum!... ¿Por qué? ¿Por qué?... (*A don Domingo, que lo observa*). ¡Me duele la frente!

DOMINGO.—¡Hombre, eso es bueno! (*Acercándosele*). Aquel es un terco de porquería, viejo ya para cambiar, pero, vos, che, es increíble. Pedís explicaciones. No, tenés que ser más cariñoso, nada más. Doña Marta te la dió para apartarla del padre, creyéndote un hombre bueno, y resultás igual que él. ¿Te acordas de aquella noche en que murió?... ¿Te acordás todavía o ya te la has olvidado?...

LEON.—No.

DOMINGO.—¡Ah, bueno!... No tengo más que decir sino que desde entonces es tu mujer.

LEON.—¿Y con eso?...

DOMINGO.—Que no se lo demostrás, sos rudo.

LEON.—Soy como soy; no lo puedo remediar. Debía haberse acostumbrado a nuestros modos. Es que es rebelde, quiere mimos, y... yo no tengo esas mentiras, soy herrero.

DOMINGO.—¿Herrero quiere decir bruto, entonces?

LEON.—No, pero Adela debe ser como nosotros, es hija de herreros, ¡somos así y basta!... El remedio es conformarse.

DOMINGO.—¿Y vos, que pedís esa humildad, por qué no das el ejemplo?

LEON.—No puedo... no entiendo... yo estoy en buen terreno.

DOMINGO.—Empiezo a creer que hay hombres peores que fieras.

LEON.—(*Violento*). ¡Viejo!...

DOMINGO.—Que fieras, repito, porque si queriendo resultan groseros, ¿qué será odiando?...

LEON.—¡Ah!... ¡queriendo!... (*Tiene una mueca que explica claramente que eso ya pasó*).

DOMINGO.—(*Sigue sin notar*). La razón no les sirve sino para hacerse irracionales. A un tigre que tenga cachorro le podés llamar padre aunque el cachorro se le pierda entre el monte, aparece un don Pedro hecho hombre y anda a los zarpazos con su hija.

LEON.—Yo no soy don Pedro.

DOMINGO.—Sos peor, porque él no espera ya nada de Adela y vos lo querés todo y la maltratás. Cuando te casaste, hace apenas dos meses, creí que se habían concluído los gritos y los insultos; me parecía conocerlos a ustedes, pero veo que aquello fué una tregua para que pudieras entrar vos en danza, y eso me da mucha pena y mucha rabia también, porque tengo gran parte de culpa.

LEON.—¿Usted?, ¿y en qué forma?... ¡Aquí todos tienen parte o saben algo, menos yo!...

DOMINGO.—(*Variando*). ¡Oh!... no tiene importancia... digo, así... como estoy aquí entre ustedes... Lo que repito es que antes eran dos, ahora son tres... ¡el diablo los entienda!... No quiero meterme más; ¡destrocensé!... Solo voy a darte un consejo todavía: cambiá, León, cambiá... ¡de vos depende todo!...

LEON.—¿Todo qué?

DOMINGO.—(*Yéndose por foro lentamente, con un ademán vago*). Acordate...

LEON.—¿Todo qué?... ¡maldito sea! (*Va a foro y llama*). ¡Don Domingo!...

León y Adela

(*Pancho con compañía de "el Ñato" pasan por el foro de derecha a izquierda; luego, se les ve en el taller, con don Domingo y don Pedro, atareados, avivando el fuego del hornillo, limando piezas o golpeando sobre los yunques con la cadencia característica*).

PANCHO y ÑATO.—Buen día. (*Desaparecen*).

LEON.—(*No les contesta, vuelve al centro de la escena*). ¿Qué telaraña es esta?... (*Se determina y llama*). Adela... (*La distingue en el cuarto de la izquierda y va hacia ella*). Vení para acá. (*La trae a escena, la tiene de los hombros mirándola fijo, decidido*). ¿Qué tenés?... ¡respondé por lo que más quieras!... ¿Qué tenés?

ADELA.—¿Querés reñir aún?... Debías saber a qué atenerte; es tiempo.

LEON.—No sé nada, no entiendo nada, quiero explicaciones, tengo derecho a que se me den.

ADELA.—Siempre el derecho.

LEON.—Dejate de palabras, aquí hay algo oculto, ¡quiero ver!... Hablá pues.

ADELA.—Estoy rendida de esta vida imposible.

LEON.—¿Qué hay en esta casa que te mortifica?

ADELA.—Todo. Ya no me quedan fuerzas para resistir y temo...

LEON.—¿Qué?...

ADELA.—No temerte más.

LEON.—No comprendo otra vez... ¡Maldita sea mi inteligencia!... ¡Oh, ya es demasiado!... ¡Necesito saber!... Vos sabés que la oscuridad me vuelve loco y te emperrás en sacarme la luz, y entonces, ¿qué querés, luz?... Pero ¡si vos nunca has tenido para mí una sola delicadeza! Vos sos una orgullosa que se cree más sabia que todos, mejor que ninguno y no sos otra cosa que una pobre mujer sin energía.

ADELA.—¿Y vos me lo reprochás, vos?... ¡Ja, ja, ja!...

LEON.—¡No te rías, no te rías!... Te parece hacernos un favor con estarte aquí, ser una mártir por ser hija y esposa de herreros y lo que pasa es que no valés, sos muy poca cosa para pertenecernos.

ADELA.—¡Jamás he querido ser nada de ustedes!

LEON.—Es que no podés serlo... ¡falsa!...

ADELA.—¿Y si así fuera?... ¿quién tiene la culpa de ello, yo?... ¡Hombres rudos!... ¡Máquinas, no hombres! ¡Centinelas de lo que creen suyo, no padres ni maridos! ¡Ustedes no conocen el amor, no saben de la compasión, no poseen una sola de las cuerdas del afecto, ni de la grandeza; no tienen tampoco pequeñez porque se imaginan grandes en ella! ¡Los herreros!... ¡Vos y mi padre no son herreros sino de músculos y gracias, gracias, porque tampoco son dueño de él!

LEON.—(*Ansía saber sobre todas las cosas. Las pasiones contrarias que lo dominan le hacen arrastrar el tono grave y duro hasta la opacidad*). Seguí...

¡explícate!... (*Pancho a intervalos aparece en el fondo, por su labor, pero observando impaciente*).

ADELA.—No; ya que pretendés poder contestarme, voy a preguntar: ¿qué sos mío?

LEON.—¡Tu marido!

ADELA.—Mi marido. (*Ríe nerviosamente*).

LEON.—¡No te rías!

ADELA.—Pero, ¿vos crees que a la mujer se la puede dar marido?... No basta haber pasado por la oficina de un Registro Civil y firmar, si sabe, para serlo.

LEON.—¡Ese paso da al hombre hasta el derecho de matar si la mujer es infiel!...

ADELA.—¡Oh, ya sé!... ¡Leyes de hombres!... ¡ya sé!... Mas un humano no puede decir a su hija: ¿ves a ese?... ¿no lo conocés?... bueno, ¡ese es tu marido!... Desde hoy debés comer, dormir, respirar junto a él, obedecerle en todo lo que pida, complacer todos sus deseos y todos sus vicios, porque tiene muchos. ¡Si te besa, besalo y si te maltrata, besalo también, pues es la única arma que podés emplear, y si algún día llegás a tomarle asco, escupí... escupí pero a escondidas, porque si hacés otra cosa que él pueda hacer y vos no y llegara a enterarse, tiene el derecho de aplastarte!... ¡Un padre no puede decir, ni pensar eso, sin que la hija aborrezca y la esposa odie!

LEON.—¿Vos me odiás? ¿Vos no me querés entonces?

ADELA.—¡No!... ¡Nunca te quise!

LEON.—¿Nunca?... ¿Y porqué te casaste conmigo?

ADELA.—¿Qué iba a hacer?... ¿Matarme?

LEON.—¡Hacerte matar por mí; cualquier cosa antes que esta infamia!... Y ¿si yo te amara todavía?

ADELA.—(*Con una alegría inaudita*). ¡Ah!... pero ¿vos no me querés ya?

LEON.—No... ¡recién lo comprendo!... Todo fué deseo y costumbre... (*Transición, aferrándola*). ¡Ah! pero ¿a quién querés vos?... ¿a quién?

ADELA.—A ninguno. ¡Los aborrezco! Unos por amor, otros por odio, todos son cobardes.

LEON.—(*Grave, amenazante*). Pero, a pesar de todo, yo quedo tu marido aunque no lo quieras; tu marido. ¡Repetí, jurá que no amás a nadie!

ADELA.—A nadie... a nadie...

LEON.—¡Bah!... Si hubieses querido a alguien, hoy te mataba... pero, como sos un fracaso de todo, me causás lástima, salí... (*Encasquetándose el sombrero que hay en una silla, y en dirección al foro*). me causás lástima... desprecio... (*Sale hacia la calle*).

Adela y doña Carmen

ADELA.—¡Oh, sí, soy despreciable por cobarde, mil veces cobarde!... (*Pausa*).

CARMEN.—(*De izquierda, con una canasta al brazo*). Che... creí que estabas en tu cuarto. ¿No hacés comida hoy?... Más tarde encuentro basura en el mercado.

ADELA.—Y hoy es un día como ayer, como antes de ayer, como siempre. Habrá que darles de comer, asearlos, oirlos, dormir... ¡qué cansancio!...

CARMEN.—¡Claro!... ¿o porque se han tirado los platos a la cabeza no van a comer más?... ¡Dejate de pavadas!... ¿Qué querés que te compre?

ADELA.—Lo que usted quiera.

CARMEN.—Ah, no...

ADELA.—Cualquier cosa... como todos los días.

CARMEN.—¡Siga con el puchero!... Por más que digan, no aburre; desde que me casé que lo trago.

ADELA.—Feliz quien se conforme.

CARMEN.—Oigan a la recién casada. Vos le tenés asco hasta a la ''bayo-

nesa". (*Para distraerla*). ¡Qué cara, che! parecés la artista que ví la otra noche con el italiano ese... Mirá, la dicha cuesta, pero al fin llega. Es un error querer conseguirla a gritos y a cachetazos. ¿Comprás fruta?...

ADELA.—Sí, tome... (*Le da dinero de una carterita que saca del aparador*).

CARMEN.—Ya encendí el fuego en tu hornalla por si lo precisás.

ADELA.—Bueno... gracias.

CARMEN.—¡Y metele banda a los soldados si querés que marchen! Hasta luego. (*Vase por foro*).

ADELA.—(*Se sienta apoyándose a la mesa. Pausa. Contesta a sus pensamientos con un ademán enérgico*). ¡Ah, no!... (*Se levanta para salir por izquierda, pero allí está Pancho parado, mirándola.*) ¿Qué quiere?...

Adela y Pancho

PANCHO.—(*Avanza unos pasos; en toda esta escena no llega hasta frente a la puerta de foro, ocultándose de los que puedan observar desde la fragua*). Adela... discúlpeme... Haciendo un esfuerzo de coloso he conseguido pasar del patio al otro cuarto. Para eso he necesitado desplegar una energía desconocida en mí.

ADELA.—(*Despreciativamente*). Conozco sus fuerzas...

PANCHO.—Sí... Yo mismo me asombro de haber llegado aquí, pero... ¡debía ser hoy!... Tengo el corazón deshecho de amargura y de rabia; vengo... no sé a qué... ¡Otro en mi lugar se hubiera despedazado antes... pero yo necesitaba venir... y vine!

ADELA.—¿Para qué?

PANCHO.—Ya lo he dicho, no sé... A hablar, a enmudecer, a contestar cosas que usted no me preguntará por que las sabe.

ADELA.—¡Yo ignoro todo, todo! Entiéndame, ¡todo!... ¡La mujer de León no quiere saber ni contestar nada; la mujer de León, tiene marido!

PANCHO.—¡Oh, si lo sé!...

ADELA.—Este no es su sitio, entonces; su sitio es allá, en el taller, amasando fierro para otro.

PANCHO.—¡Pero golpeando en mi corazón para amasarlo!

ADELA.—Le repito que está de más aquí; puede venir su patrón...

PANCHO.—Mi patrón... acepto... Ahora que estoy resuelto, no le temo. ¡Qué tranquilidad hermosa es la resolución!... Usted jamás la ha conocido y yo apenas hoy; por eso hemos enredado nuestras vidas en la tela de la desgracia. La duda es una cosa atroz, Adela; nos domina, nos hunde y nos atrofia sin dejarnos siquiera su mismo sentimiento, que al fin, es vida. ¡La duda!... He vivido en su caverna largos meses que jamás arrancaré de mi memoria...

ADELA.—¡Suya es la culpa!...

PANCHO.—¡Oh, gracias, Adela!... ¡Ese reproche dice un mundo de cosas!... El concepto que puedan tener de mí no me importa, el suyo solo podrá borrar el que he formado yo de mí mismo. ¡Ninguno será tan terrible juez!... He roto todos los lazos que me ataban a la humanidad para anudarlos en un solo anillo, ¡usted!... No tengo ningún odio, ninguna ambición... nada; queda solamente ese anillo... y ahora sé a lo que he venido: a preguntar si caeré en el vacío o si el anillo me sostendrá en lo alto...

ADELA.—¿Y viene a preguntárselo a la casada?

PANCHO.—No, a Adela.

ADELA.—La muerta no puede contestarle.

PANCHO.—La Adela que yo conocí no está muerta, ahora mismo la veo palpitar en mi presencia; que ya no exista no puede ser porque sufre...

ADELA.—Es inexacto... Yo soy dichosa.

PANCHO.—¿Usted?... Pero, ¿estaría yo aquí si así fuera? Al dejar Buenos Aires, hace más de dos meses, imaginé que pudiera llegar a serlo, por eso me fuí. Imaginé y ansié una felicidad nunca sentida, para usted sola, sin mí... ¡qué importaba!... Si alguien me oyera, creería en el último romántico; pero yo no me aparté para gozar con mi dolor, sino forzado a sufrir por la dicha

que quise dejarle. Soy más egoísta que aquellos hombres sin sexo y sin instinto. Y si usted piensa que mi huída fué cobardía y no valentía...

ADELA.—¡Sí, sí, cobardía pura!

PANCHO.—Le diré que usted ama solamente con los labios, con el beso...

ADELA.—¿Y qué es amor sino?

PANCHO.—Pero... si yo no busco en usted sólo placer... Eso se puede hallar sin amor... ¡Si a mí no me importa su virginidad!... La mujer en sí es lo mismo casada que virgen. Yo busco en usted a la compañera que la naturaleza ha hecho nacer en su cuerpo para mí. ¿Qué me importa lo demás?...

ADELA.—¿Y por qué se dejó robar lo que era suyo?

PANCHO.—Aunque lo hubiese arrebatado se me esfumaba de las manos, usted lo sabe. Y luego que lo que es mío en usted, está intacto.

ADELA.—¿Suyo?... ¿Y qué hay suyo aquí? ¡La impotencia! Su teoría no es de hombres sino de dioses. Para ser dueño es necesario bregar y vencer. Lo que ha dejado usted detrás suyo es la vergüenza de la fuga, vergüenza... porque la única virtud del hombre es avanzar y conseguir.

PANCHO.—¡Estoy resuelto a ello!

ADELA.—¿Y qué va a conseguir ahora?... ¿Mi corazón?... ¡pero si ha sido siempre suyo!...

PANCHO.—¡Oh, Adela!...

ADELA.—Si yo lo amo a usted; si usted, es mi compañero que ha nacido en su cuerpo... ¡Lo quiero a usted tanto... tanto como lo desprecio!...

PANCHO.—¡Oh!... ¿Ha plagado la peste tan enormemente que al sacrificio se le desprecia?...

ADELA.—El sacrificio es una falsía y si aun existe en medio de este ambiente de egoístas que nos ahoga, debe residir en la mujer, que está hecha de él. No se abandona a la elegida entre estas miserias y estos dolores.

PANCHO.—¿Debía haber asesinado?

ADELA.—¡Cualquier cosa antes que esta ignominia!

PANCHO.—Yo le voy a demostrar cómo hasta hoy he ahogado en mí esa energía que pide para el hombre. Y conocerá usted mi corazón...

ADELA.—¡Ah!... ¡cuidado!... ¡cuidado!... ¡Esteban!... (*Esteban desde la calle va hacia el taller, pero los ve y se dirige a escena. Pancho, por una idea repentina, se desata el delantal de cuero, lo arroja sobre una silla de la izquierda y se acerca al foro, como si hubiese entrado por esa puerta*).

Adela, Pancho y Esteban

ESTEBAN.—(*Entrando*). Buen día.

ADELA.—Buen día.

PANCHO.—(*A Adela*). Aquel debe ser mi delantal... (*Lo toma. Esteban y Pancho se miran hasta que éste desaparece. Los dos se comprenden perfectamente*).

Adela y Esteban

ESTEBAN.—(*Luego de una pausa en que la situación se hace molesta*). León salió, ¿no?

ADELA.—(*Extendiendo la carpeta*). Sí. (*Sigue arreglando la habitación con indiferencia afectada*).

ESTEBAN.—(*Aparte*). ¡Hum, las mujeres!... (*Fuerte*). ¿Ha vuelto otra vez ese oficial?

ADELA.—Sí, hace días... Se fué para visitar a la madre y volver...

ESTEBAN.—No dijo tal cosa al irse. Dijo: "La ciudad me sofoca, voy al campo a respirar"... Pero parece que se sofoca en todas partes.

ADELA.—(*Con intención*). Sí, hay hombres que respiran hasta el aliento de otros.

ESTEBAN.—¡Ya!... la comprendo perfectamente y creo que se equivoca...

LEON.—(*De foro. Observa a Adela que desaparece en silencio por izquierda. Luego ve a Esteban; cariñoso*). ¡Oh!... ¿qué hacés por aquí?
ESTEBAN.—De pasada... (*Pausa en que León se saca el saco y el pañuelo*). Tu mujer se aburre, che, León, y eso es grave.
LEON.—(*Se vuelve, violento*). ¿Volvemos?... Tengo bastante de mi mujer esta mañana. ¿De qué se aburre Adela, a ver?
ESTEBAN.—De todo, hombre, hasta de hablar.
LEON.—¡Ah!... carácter...
ESTEBAN.—¡Ah ja!... cuidado con el carácter...
LEON.—¡Qué!... ¿Te recibió mal?
ESTEBAN.—No. Desde la noche aquella en que obligaste mi entrada a tu casa, existe entre nosotros la misma armonía...
LEON.—Sí, ya sé que no la defendés mucho. Hacés bien. No es mujer para mí.
ESTEBAN.—(*Serio*) Hay que confesar que mujer para vos no se halla.
LEON.—(*Poniéndose el delantal*). ¿Por qué?
ESTEBAN.—Sos poco constante y demasiado violento para marido.
LEON.—¿Vos también?
ESTEBAN.—¡Ah! ¿ya te lo han dicho otros? Ella, seguro.
LEON.—Sí, y bien lo sabés, no uso guantes y...
ESTEBAN.—Ni hacen falta, al contrario.
LEON.—Bueno, bueno, cortemos esto... Vengo de tomar las medidas de un pasamano. Tenemos trabajo de apuro. ¿Vas al café esta noche?
ESTEBAN.—Sí...
LEON.—¿Me precisás?
ESTEBAN.—No... Entré de pasada. (*Está pensativo, irresoluto*).
LEON.—Vamos al taller.
ESTEBAN.—Esperate...
LEON.—Hablamos allá.
ESTEBAN.—Decime, ¿volviste a tomar a Pancho?
LEON.—No lo había despedido, volvió y le dí su puesto.
ESTEBAN.—¿Por qué?
LEON.—(*Viene al centro de la escena*). Hombre... me conviene, es un buen oficial... o porque no es amigo tuyo o te sea antipático...
ESTEBAN.—Pobre León...
LEON.—¿Eh?... ¿qué tenés hoy? Estás misterioso...
ESTEBAN.—Al que no se comprende es a vos. ¿Qué causa imaginás que puede haberme hecho antipático a Pancho?
LEON.—¡Qué sé yo!... Te peleaste con él hace tiempo y...
ESTEBAN.—¿Por qué causa?...
LEON.—No sé... por esos celos de amigo que te he reprochado mil veces. Siempre te doy razón, pero en este caso, ya te lo he dicho, me parece que exagerás. Pancho es un buen muchacho, trabajador, pacífico, inofensivo...
ESTEBAN.—Preguntale eso a tu mujer.
LEON.—¿Eh? ¿qué querés decir?... ¡explicate!
ESTEBAN.—¡Oh, al fin entendés!... Desde que me lo presentaste no me gustó ese tipo. Se me figuraba rastrero, atravesado...
LEON.—Sí, sí... ¿y?...
ESTEBAN.—Y cuando lo conocí bien, no pude cambiar de opinión.
LEON.—¿Por?
ESTEBAN.—Mi sospecha se hizo cierta.
LEON.—¿Cual?... Hablá... ¡denunciante!
ESTEBAN.—León, el amigo no denuncia, ayuda, cuando el asco lo ahoga como me ahoga esta porquería en nuestro afecto.
LEON.—De una vez por todas, ¿qué sospechás?

ESTEBAN.—No, no sospecho, lo sé a punto fijo... ¡Pancho quiere a Adela!...

LEON.—¿Eh?... ¿qué has dicho? (*Agarrándolo*). Vas a tener que probar tus palabras.

ESTEBAN.—¡Largá, no seas idiota!... Estas cosas no se dicen porque sí, las probaré.

LEON.—Estás pegando de atrás, Esteban... Te estimo menos ahora que antes.

ESTEBAN.—¡Ah, no!...

LEON.—¡Sí, menos!... A Pancho lo voy a echar en seguida; pero vos, tu deber de amigo, era advertirle a él donde se metía; a él debías avisarle, no a mí. No me gusta ver pegar de atrás, me da asco, ¡y vos lo hacés con gente menos fuerte que vos!...

ESTEBAN.—¡Ah, no! ¡Me insultás! No lo advertí porque es un cretino y porque no valía la pena puesto que el mal está en otra parte...

LEON.—¿Dónde?

ESTEBAN.—¡En tu mujer!

LEON.—¿En Adela?... (*Aferrándolo*). ¡Ah, eso sí que no te lo permito!... (*Lo zamarrea*).

ESTEBAN.—(*Tratando de desenlazarse sin conseguirlo*). ¡Dejame!... ¡Hum!... ¡Recién estaban aquí!...

LEON.—(*Soltándolo*). ¿Eh ... ¿Juntos aquí? ¡juntos!... (*Corre a foro y con voz ronca grita*). ¡Pancho!... ¡Pancho!...

Dichos y Pancho

PANCHO.—(*Apareciendo*). ¿Qué hay?

LEON.—¿Qué hacía aquí hace un rato?

PANCHO.—¿Aquí? (*Mira a Esteban con rabia y asco*).

LEON.—¡Sí, aquí, en mi comedor, conteste!

PANCHO.—(*Sobreponiéndose; con calma*). Hombre, a buscar mi delantal... Lo tiré en esa silla anoche al salir.

LEON.—Su delantal... (*Mira a Esteban*).

ESTEBAN.—¡Está mintiendo!

PANCHO.—Y ¿qué tiene que ver con esto el señor? (*señala a Esteban acercándosele. León los observa tan intensamente como para desentrañar la verdad con la mirada*). ¡Mintiendo! ¿y por qué?

LEON.—(*Como una inspiración va a foro y llama otra vez*). ¡Adela!... ¡Adela!...

ESTEBAN.—¡Muy bien!...

PANCHO.—(*Aparte*). ¡El amigo!...

Dichos, más Adela

LEON.—(*Al aparecer Adela por la izquierda, corre desde foro y la toma de una muñeca*). ¿Qué hablabas con Pancho recién? ¿Qué vino a hacer?

ADELA.—Entró... así... (*Pancho le señalaba su delantal sin que lo vean*).

LEON.—¿Para qué?

ADELA.—(*Comprendiendo*). Por el delantal... Vino a buscar su delantal...

LEON.—(*Mira a Esteban, a Pancho, a Adela, la suelta, se adelanta, luego, inspirado, salta hacia Adela, la arrastra cerca de Pancho, a quien también aferra de una mano, y los enfrenta*). ¡Mírense!

ADELA.—¿A qué viene todo esto?

LEON.—¡Mírense! (*Adela y Pancho obedecen y se miran con indiferencia, sin titubear. León los devora con la vista, Esteban también. Los larga, se aprieta la cabeza, respira agitado y fuerte*).

PANCHO.—(*Sin saber qué decir*). Cada vez entiendo menos...

ADELA.—(*A León*) ¿Qué víbora te ha picado?

LEON.—(*Volviéndose señala a Esteban*). ¡Esa!... ¿Qué contestás?

ESTEBAN.—¡Que te arreglés!... (*Va a hacer mutis por foro*).

LEON.—(*Teniéndolo*). ¡No! Antes vas a tragarte las palabras que has soltado.

ESTEBAN.—Ya es tarde.

LEON.—¡Confesá que es falsa tu sospecha!

ESTEBAN.—¡Nunca! Siento aquí lo contrario. Dejame.

LEON.—Enmendate y sigo siendo tu amigo. Ya sé... te ha ofuscado la amistad, ya sé, pero yo te quiero, Esteban, te perdono... sos mi único amigo... yo te estimo... decí que te has equivocado... (*Pancho está violento, quiere hablar, accionar, pero Adela lo entretiene desde lejos con ruegos mímicos*).

ESTEBAN.—No, estoy tranquilo. Más que esos dos, seguramente. Ya me vendrás a buscar... ¡Te ha picado la serpiente, León, te han mordido!...

LEON.—No... no... ¡Confesá, terco!

ESTEBAN.—¡Jamás!... (*Forcejando*). ¡Largame!...

LEON.—¡Esteban!... ¡te has hecho un mal hombre en un instante y voy a tratarte como a tal!... (*Le pega*).

ESTEBAN.—(*Desenlazándose y blandiendo una silla*). ¡No!... ¡marido... complaciente!... ¡ciego!...

LEON.—¡Ah, no! (*Salta sobre él, lo desarma, lo domina*). ¡Calumniador!... ¡Decí que es falso!... ¡Confesá!

ESTEBAN.—¡Nunca!... ¡no!...

LEON.—(*Llora y lo golpea*). ¡Decí!... (*Pancho avanza para interponerse, pero Adela, silenciosamente, lo toma de una mano. León sigue pegando a Esteban, entero hasta la terquedad*).

ESTEBAN.—¡Pegá, León, pegá!...

LEON.—¡Decí!... ¡Decí!... (*Llora fuerte. Aparecen por foro, don Domingo, don Pedro, doña Carmen, y demás personajes y al entrar a escena cae el telón*).

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Invierno. El esqueleto de la parra. La jaula sin canario. Son las 8 de una noche fría. La escena a obscuras, más penumbrosa aun en sus rincones por la luz suave que llega de segunda derecha y que se encuadra en su puerta.

Pancho y Adela

ADELA.—(*Cuando se ha hecho silencio en la sala, se oye como desde la calle, un silbido particular. La luz interior se apaga repentinamente y aparece Adela*). ¡Pancho!... (*Corre a foro sigilosamente, y luego de un instante hace entrar a Pancho teniéndolo de una mano. Quedan pegados al portón. Cierra la puertecita*).

PANCHO.—¡Adela!...

ADELA.—(*Rápida*) Te mandé llamar para hablarte, Pancho... ¡No puedo más!... Esta situación es una muerte lenta, inacabable!...

PANCHO.—¡Mirá lo que hacés!...

ADELA.—No temás; los viejos van al teatro... Han venido a buscarlos Teresa y Eduardo... (*Señalando la izquierda*). Ahí están... Quedaré sola... Andate ahora y cuando lo veas salir a ellos o a otro que entre, silbás... Si yo no salgo al instante, esperá. Andate ahora...

PANCHO.—Voy a observar desde el boliche de Batista... pero, ¡cuidado Adela, cuidado; arriesgamos todo!...

ADELA.—¡Cualquier cosa antes que seguir esta vida! Mejor es terminar de una vez. Andate, andate...

PANCHO.—¡Un beso, Adela, un beso!... (*Se besan*).

ADELA.—Salí... (*Pancho sale. Adela cierra y vuelve temblando hasta

bajo la parra. La puerta se abre nuevamente y aparece don Fermín, más viejo, más doblado, más borracho. Se lleva por delante un sostén de la parra. Sobresaltándose): ¡Qué!... *(Al conocerlo)*. ¡Ah!... *(Don Fermín golpea las manos y apenas puede. Adela enciende el farol con cerillas que saca del seno)*.

Adela y don Fermín

FERMIN.—¡Pucha, qué obscuridad!... ¡Ah!... buenas noches.

ADELA.—*(Apenas)*. Buenas noches...

FERMIN.—¿Ese que salió es Pedro?

ADELA.—No. León.

FERMIN.—¡Ah!... ¿Estás sola?...

ADELA.—Sí.

FERMIN.—¿Me puedo sentar?... Dejame, estoy enfermo...

ADELA.—Siéntese.

FERMIN.—*(Se sienta; Adela, rendida, también. Pausa)*. Me arde el estómago... ¡tengo una tristeza!... ¡Puff!... Yo no sé... antes la bebida me contentaba... ahora me pone zonzo... con una pena... yo no sé. Y Esteban me grita, se enfurece... Está aburrido de aguantarme... *(En la izquierda ríen)*. ¿Hay risa todavía?... No parece... *(Adela lo mira)*. Vos siempre me has tratado mal... como a tu padre, pero, yo soy mejor que él, sí señor, mejor... Siempre tiene rabia, en vez yo no.... ¡Puff!... Yo no sé... antes la bebida me contentaba.

ADELA.—A él nunca.

FERMIN.—Sí, pero tiene rabia, quiere morder todavía... como perro con el mal de la sed. ¿Fué malo, criminal con Marta?... ¡que pague!... lo merece y más. En vez yo no. ¡Ay! *(Se toca el pecho)*. ¡Puff!... ¿Que chupo?... ¿Qué voy a hacer?... ¿morirme? El fierro para levantar casas de ricos precisa alcohol para amasarse... y la costumbre domina... es feo, eh... es feo estar así, pero domina... ¡Puff!... ¡cómo me arde el estómago!.

ADELA.—Usted tampoco supo ser padre, don Fermín.

FERMIN.—¿Y para qué? Hay que tener mucha voluntad y ningún vicio para crear... ¡que se arreglen!... yo no tengo. Espero a la muerte...

ADELA.—Sí, es la gran niveladora. La única justicia.

FERMIN.—Yo soy un pobre borracho, ahora... no entiendo, pero, en esta casa ha pasado cada cosa... Pedro es malo, malo... Anoche me pegó porque se lo dije.

ADELA.—¿Le pegó?

FERMIN.—Sí, me hizo así... *(por un empujón)* con esa fuerza que tiene. Yo a vaces lo compadezco porque está borracho, pero es malo, rabioso...

ADELA.—¿Y usted sabe por qué?

FERMIN.—Si lo sé... ¡Ah!... pero no me preguntés... Yo estoy borracho ¿eh?... pero, tengo corazón todavía... Los hijos deben saber ciertas cosas... ¡sería mucho!... *(Nuevamente, en la izquierda se oyen risas)*. Oí como ríen... Pobre Mingo... él se lo merece... Se va a morir tranquilo... se lo merece... *(Está de pie, haciendo esfuerzos para no tambalear)*. ¡Puff!... Me voy... No me hallo en ninguna parte... ¡Puff!... Me voy... *(Vuelve de foro)*. Che, Adelita... Esteban no me da más un centavo... dice que me los chupo... ¿y qué voy a hacer?... ¿eh?... ¿qué?...

ADELA.—Venga. De todos modos... *(Vase por segunda derecha, encendiendo una cerilla para entrar. Don Fermín la sigue; antes de desaparecer se saca el sombrero)*.

Doña Carmen, don Domingo, Teresa y Eduardo

TERESA.—*(A Eduardo)*. ¿Qué hora es?

EDUARDO.—*(Sacando el reloj)*. Las ocho y cuarto... Tenemos tiempo. Comienza casi a las nueve. Podríamos ir a pie para desentumecernos. Hace frío.

DOMINGO.—Sería bueno.

CARMEN.—Es lejos, che. (*A Eduardo, chanceando*). Se ha puesto económico.

EDUARDO.—(*Riendo*). Sí, los guardo en una botella.

DOMINGO.—¡Oh!...no obrarías mal, perdé cuidado.

EDUARDO.—Ah, no; tendría que nacer de nuevo...

TERESA.—¿Este?... Gasta todo lo que gana... porque no puede más. ¡Oh; cómo se ha puesto viejo don Fermín!... (*Se dirige a ellos*).

Dichos, don Fermín y Adela

FERMIN.—Gracias... gracias... m'hijita. (*Viéndolos*). ¡Oh!...

TERESA.—¿Qué dice, don Fermín?... ¿Ya no me conoce?... (*Adela aparece en el umbral*).

FERMIN.—(*Lagrimeando*). ¡No las voy a conocer!... Eran así... así... Ahora son casadas, grandes, pero, para mí... son siempre Adelita y Teresita... (*Las tiene de la mano*). ¿Y vos, Mingo?... (*Teresa y Adela desaparecen por la derecha*).

Don Fermín, don Domingo, doña Carmen y Eduardo

DOMINGO.—Ya lo ves.

FERMIN.—Vas a pasear... con tu familia... ¡bien hecho!... lo merecés.

CARMEN.—(*Por decir algo*). ¿No viene más a visitarnos, Fermín?

FERMIN.—¿Para qué?... Yo ya no sirvo sino para entibiar la alegría... Antes no, ¡eh! (*Por don Domingo*). Este lo puede decir... Todo me causaba risa, todo... hoy lloro por cualquier cosa... ¡Puff!... (*lagrimea*). Era joven fuerte... así... (*Pretende erguirse*).

DOMINGO.—¿Te acordás?

FERMIN.—¡Si me acuerdo!... ¿A que te olvidaste de aquel día del martillo?... Si no es por mí... lo matás a Pedro... ¡zás!... y le abrís el mate...

DOMINGO.—(*A doña Carmen y Eduardo*). Sí, cuando se me escapó la maza de las manos...

CARMEN.—¡Ah, sí!...

FERMIN.—La agarré al vuelo... así... (*Quiere saltar, pero no está para eso y don Domingo tiene que sostenerlo*).

DOMINGO.—Fermín... ¿Querés que te llevo a tu casa?... Vení, qué hacés así...

EDUARDO.—Podemos acompañarlo en coche...

FERMIN.—(*Se desembaraza de ellos; está de pie, solo*). ¿Coche?... ¡Yo siempre he llegado solo a mi casa. No voy en coche!... ¡Con mis piernas hasta que me sostenga!... ¡No preciso!... (*más amable*). Gracias. Andá, Mingo, a pasear con tu familia... Ya no somos compañeros como antes... cuando éramos jóvenes, fuertes... ahora, débiles, nos arrimamos cada cual a quien sostenga más... (*Gimiendo*). ¡Ya no somos compañeros como antes!... Vos sos feliz, yo no... (*Abrazándolo*). Chau, Mingo, me voy... me voy... Chau... (*Hacia foro*). ¡Puff!... (*Se seca la cara con la manga y desaparece*).

Dichos, menos don Fermín

CARMEN.—¡Cómo está!... (*Don Domingo se da un manotón a una lágrima rebelde*).

EDUARDO.—¿Y el hijo qué hace; no trata de desviarlo?...

CARMEN.—Oh, ha hecho más pruebas; todo inútil... La tiene prendida. (*Desapareciendo por la derecha*). Pero, muchachas...

Don Domingo y Eduardo

DOMINGO.—Y Fermín es tranquilo. Comparado con lo que pasa aquí, resulta cómico. Yo no sé cómo esa muchacha los aguanta; otra ya se hubiera deschavetado.

EDUARDO.—¿No consiguen paz, eh?

DOMINGO.—¿Paz?... no la conocen, ni la conocerán. Esto es un infierno

EDUARDO.—¿Y León?
DOMINGO.—Empieza a tomar.
EDUARDO.—¿El también?
DOMINGO.—También. Sigue el camino del viejo... y no puede ser de otra manera.
EDUARDO.—¡Pobre Adela!... En ese tren van a terminar mal.
DOMINGO.—Sí, me lo temo.

Dichos, doña Carmen, Adela y Teresa

CARMEN.—(*Apresurada*). ¿Qué hacemos?... vamos a llegar al último como los ricos.
ADELA.—(*Nerviosa*). Sí... es tarde ya...
EDUARDO.—¿Por qué no nos acompaña, Adela?
TERESA.—¡Oh, qué idea!... Sí; ellos tienen llave, les dejás un papelito...
EDUARDO.—Hay cinco sillas en el palco. Si se apura...
ADELA.—No, Eduardo, gracias... No puedo dejar sola la herrería, gracias... otra noche. No estoy preparada para oir dramas. Ustedes sí... Un poco de llanto es bueno... (*Cortando*). Y si demoran aún no llegarán. (*A Teresa*). Me lo contarás mañana, discutiremos...
EDUARDO.—Bueno... (*Saca el reloj*). Si quieren...
CARMEN.—(*Apurada*). Hasta luego.
TERESA.—(*Besando a Adela*). Mañana nos vemos.
ADELA.—Y prestá atención al drama... a ver si yo te cuento otro más triste aún.
EDUARDO.—(*Dándole la mano*). Adiós, Adela.
ADELA.—Que se diviertan... (*Don Domingo deja salir a todos*).
DOMINGO.—(*Acercándosele*). ¿Querés que me quede a acompañarte?... No me voy tranquilo...
ADELA.—¿Y por qué?... ¡No faltaba más!... Vaya, viejo, corra... lo esperan. (*Lo lleva hasta el foro*). No faltaba más...
DOMINGO.—Hasta luego, entonces. (*Sale*).
ADELA.—(*Como desahogándose*). ¡Ah!... ¡cuánta mentira!... (*Va a sentarse en una silla baja, cerca del lateral derecha*).

Adela y don Pedro

PEDRO.—(*Dando un empellón a la puertecita, entra. Está borracho y tambalea mucho más que en la escena final del primer acto, porque en la lucha entre el alcohol y la fuerza vence siempre el primero*). ¡Je!... van a pasear. La madre, el padre, la hija y el marido... ¡Je!... ¡Pobre gente!... ¡se creen que todo eso es cierto!... Viene una pena, una mancha y... adiós parentesco... ¡como víboras! ¡como víboras!... ¡Oh, pierdan cuidado!... (*más bajo, masticando las palabras*). pierdan cuidado... (*Yendo hacia su cuarto divisa a Adela. Lentamente, cruzándose de brazos*). ¡Je... aquí está!... (*Acercándosele*). ¿A quién esperás?... ¿A él?... Tu marido lo va a matar, no hará como yo, que sólo lo golpié... ¡Lo va a matar!... Dejá no más... (*Adela lo mira fijamente*). Dejá nomás... (*Vase por tercera derecha*).

Adela y León

ADELA.—(*Con un grito gutural y rabioso*). ¡Ah!... (*Sobresaltada*). ¿Y Pancho?... (*La puertecita del foro se abre, Adela se vuelve, nerviosa; cuando advierte al recién llegado, se inmoviliza*).
LEON.—(*Atraviesa la escena, lentamente, hosco, de piedra. La peste alcohólica va gravando en su rostro los perfiles imborrables, inconfundibles. Su traje acusa desaliño y su actitud apenas la sobriedad que fué. Desaparece por segunda derecha, para volver luego sin sombrero. No la mira. Perdido se acerca a la jaula*). ¿Dónde está el canario?
ADELA.—Se escapó.

LEON.—¿Cuándo?
ADELA.—Hoy.
LEON.—¡Mejor para él!...
ADELA.—(*A media voz*). ¡Hum!... no sabe volar...
LEON.—(*En el centro de la escena, se cruza de brazos mirando huraño a todas partes*). ¿Y para qué vengo yo aquí?... ¿A qué?... (*Se determina, va por su sombrero y vuelve poniéndoselo. Abre la puertecita, pero irresoluto, raro*). ¿Y tu padre?
ADELA.—Ahí está.
LEON.—¿Borracho?... (*Adela afirma con la cabeza. León tiene otra vez el pestillo de la puertecita*). No sé lo que tengo esta noche... ¡Estoy mal... mal!... Me palpitan los músculos... siento el corazón extraño, apurado... Tengo frío... calor... (*Hace esfuerzos para tranquilizarse*). ¿No tenés frío?...
ADELA.—No.
LEON.—(*Con un espasmo*). ¡Y hace!... (*Señalando a la izquierda*). ¿Salieron para el teatro, ya?...
ADELA.—Sí.
LEON.—¡Ellos van al teatro a reir!... No sienten este nudo que nos aprieta aquí, la garganta de la entraña. ¡Ja!... si se representara esto... lo que nos rodea y consume, dirían que es una exageración... (*Otro espasmo lo sacude*). ¡Ah!... no sé lo que tengo... no sé...
ADELA.—¿Querés cenar?...
LEON.—No.
ADELA.—Está preparada sobre la mesa. Comida fría.
LEON.—¡Sí; aquí no se enciende fuego ya!... (*Resolviéndose*). ¡Es una estupidez no comer!... (*Vase por segunda derecha. Pausa en que se oye ruído de platos y cubiertos, luego un choque brusco da la impresión de haber sido amontonados de una manotada. Aparece*). ¡Ah... no consigo... se me atraganta!... ¡no pasa, no pasa!... ¡Parece que se hubiera entrado la infamia aquí. (*Adela la mira levantando apenas la cara*). ¡Sí, la infamia!...
ADELA.—No es preciso engañarse... ha entrado. Desde que mi madre traspuso por primera vez esa puerta. (*Por la de foro*).
LEON.—No, más tarde, cuando nos casamos.
ADELA.—¡Ah, desde entonces reina aquí!
LEON.—¡Sentada en tu corazón!
ADELA.—O en el tuyo; yo no tengo.
LEON.—¡Ya veremos!
ADELA.—(*Rápida*). ¡No sé cómo!
LEON.—¡Abriéndote el pecho!
ADELA.—¡Ah! no llegarás a eso, te falta nervio.
LEON.—(*Sobre ella*). ¡Hum!... (*Apartándose*). ¡Me voy... me voy... No quiero oirte. Hay momentos que parecés mi conciencia, pero, aquella negra y delicuente que tiene todo hombre en el fondo de su vida!
ADELA.—Siento lo mismo por vos.
LEON.—¡Lo sé!... A veces, sobre todo cuando hablás, la siento subir enroscándose hasta mi garganta... ¡hasta mi cabeza!... ¡Ahora la tengo aquí... aquí!... (*Se pega en la frente*). ¡Me voy... me voy!...
ADELA.—Yo la palpo clavada en el cerebro y no me asombro.
LEON.—¡De qué te asombras vos!... ¡Has nacido criminal!
ADELA.—¡Ah, no!... ¡no te mientas!... ¡Ustedes me atrofian. Es muy difícil que nazca criminal una mujer. ¡Ustedes la hacen!... Quieren todo de ella, madre, esposa, enfermera... Besos y remedios. Y en pago la enlodan y la mancillan, salvo algunos llantos de pedigüeños que aprenden en la necesidad. Mi padre y vos hacían con mi cuerpo y mi alma, lo que pretendían que fuese, pero, una noche, me rebelé, quise ser lo que debía y re

sulté un híbrido: ¡nervios de trapo con voluntad de acero!... (*Transición*). Pero, ¿a qué discuto aún?... Palabras... palabras...

LEON.—¿Y yo, qué les debo a ustedes?... ¿La familia?... ¡Ah, bien la he pagado!... ¿Conocerte?... Es decir: ¡el fin de mi voluntad, de mi juventud, de mi vida toda!...

ADELA.—¡Igual que de la mía por vos!

LEON.—Ustedes me brindaron un hogar, pero que yo gané machacando sobre el yunque y que además se cobraron injertándome la rabia y la desesperación. ¿Qué les debo a ustedes?... ¿Paz?... ¿Inteligencia?... ¿Dicha?... ¿Qué?... ¿Y para qué se recoge a un niño, entonces; para en lugar de hacerlo hombre hacerlo víbora?

ADELA.—¿Y para qué se tienen hijas?... ¿Para odiarlas? ¿Para qué se adquiere esposa?... ¿Para gozarla primero y matarla después?

LEON.—¡Ah, sí!... ¡cuando es como vos, sí, matarla!... ¡Vos sos el fin, y porque sos la última, sos la única culpable!... Por vos he perdido todo... todo... hasta lo más puro en el hombre, la amistad. ¡Y es por eso que cuando te oigo y te veo y te toco, se me sube a la cabeza la conciencia negra, el crimen... (*Sobre ella*).

ADELA.—¡Matá, pues!...

LEON.—No... todavía no... Falta algo todavía... Serás mi desgracia, mi desgracia completa, pero falta, falta... Después sí, te voy a matar... ¡a exprimir!... ¡Oh! me voy... me voy... (*Saliendo por foro*). ¡Falta algo... falta algo!...

Adela, don Pedro y don Fermín

ADELA.—(*Estrujándose las muñecas*). ¡Y yo tengo sangre!

PEDRO.—(*Echándose a escena, descompuesto, tembloroso, dominado hasta el delirio por una pesadilla de borracho*). ¿Eh?... ¿Qué?... ¡Perra!... ¡Pe...! (*Adela se le acerca. Don Pedro, que recién la nota, se echa atrás hasta dar con el foro*). ¡Marta!... ¡Marta!...

ADELA.—(*Reprocha*). ¡Padre!...

PEDRO.—(*Tranquilizándose*). ¡Ah!... Adela... (*Con ademanes enérgicos de repulsión*). ¡Andate, andate!

ADELA.—(*Obedece, pero antes de llegar al lateral derecho, el silbido de Pancho la clava en su sitio*). ¡Pancho!...

PEDRO.—No quiero... ¡andate!... ¡andate!... (*Se oye otra vez la seña pero interrumpida de pronto. Don Pedro se despega del portón. La puertecita se entreabre. Adela cree que es Pancho*).

ADELA.—(*Sin poder contenerse*). ¡No!... (*Entra don Fermín, deshecho. Adela, temblando*). ¡Ah!... (*Ocultándose por derecha*). ¡Qué vida!... ¡qué vida!...

Don Pedro y don Fermín

FERMIN.—¡Pucha!... No estoy bien en ninguna parte... Ando como cura... ¡Puff!...

PEDRO.—(*Con voz sorda*). ¿Qué venís a hace raquí?... Quiero estar solo; andate a molestar a tu hijo.

FERMIN.—Dejame, Pedro, ya me voy...

PEDRO.—(*Sin mirarlo*). Salí... te arrastrás como un gusano.

FERMIN.—Estoy enfermo.

PEDRO.—Mandate mudar.

FERMIN.—(*Destemplado*). ¡Ya me voy, bolsa de rabia!

PEDRO.—Dejame solo... ¡a molestar a tu hijo!...

FERMIN.—No tengo... ¡se lo ha comido la bebida!... ¡mi bebida!...

PEDRO.—Mejor... mejor...

FERMIN.—Permitime, Pedro, estoy enfermo... (*Se tira en una silla*).

PEDRO.—Enfermo... enfermo... Yo también. ¡Tengo a Marta adentro... me rompe... me quema!...

FERMIN.—(*Somnoliento*). ¿Por qué la mataste?... embromate.

PEDRO.—(*Aferrándolo*). ¡Apretá esa boca!... (*A media voz lo que sigue, como un desahogo lleno de transiciones*). ¡Yo no la maté!... No quise ir a la cárcel... Se murió. ¡Yo no la hice morir!... ¡Mentira!... Ella buscó su fin... ¡Ah!... quería a Ernesto, mi oficial, ese raquítico... ¡Ja!... le pegué dos golpes y se desmayó. No llegaron a engañarme... les faltó tiempo. No quise ir a la cárcel. No valía la pena... ¡Igual pagaron!... ¡Miserables!... ¡Ella más, sí, la mujer es la perra... la mujer!... Esta herrería está maldita desde entonces... maldita... ¡Oh!... ahora sí que si los tuviera los mataría... así... así... (*Aprieta las manos como extrangulando*). ¡porque estoy aburrido de verlos... cansado... cansado!... (*Fermín duerme con la cabeza sobre el pecho. Despertándolo de un manotón*). ¡Eh!...

FERMIN.—(*Espantado. Con un sonido gutural*). ¡Oh!... ¡qué bárbaro!...

PEDRO.—¡Venís a meter zizaña, como tu hijo!

FERMIN.—¡Qué zizaña, hombre!... Estoy enfermo...

PEDRO.—¡Te he dicho que te vayas!...

FERMIN.—(*Levantándose*). Bueno... Como quieras... yo vine a buscarte... Acompañame... A ver si nos alegramos... ¿Eh?... (*Pedro lo mira*). Vení... (*Hacia foro*). Vení... ¿qué vas a hacer? (*Se queda solo mientras don Pedro consigue su sombrero en tercera derecha*). Vení... se trata de buscar paz... (*juntos ya*). ¿Qué vas a hacer?... (*Salen por foro*).

Adela y Pancho

ADELA.—(*Luego de una pausa, aparece en segunda derecha*). ¡Al fin!... (*La puerta del foro se abre cautelosamente*). Pancho...

PANCHO.—(*Apretándola con una caricia de todo el cuerpo*). Adela... Adela...

ADELA.—Qué contraste Pancho... ¡Hablame... hablame...!

PANCHO.—¡Hasta que muera!... ¡Oh!... Con vos soy un hombre mejor, Adela.

ADELA.—Yo también... yo también...

PANCHO.—Es el espíritu de la libertad que te domina. Vos sos mía, porque yo no te he comprado.

ADELA.—¡Qué importa lo demás! Mañana es un acaso.

PANCHO.—Sombrío para nosotros. Adela, no recordés.

ADELA.—(*Variando*). Yo tenía algo que decirte... ¿qué?... Algo hermoso... ¡Ah!... ¡solté el canario!

PANCHO.—Feliz él, feliz... (*Transición*). Pero, no sabe volar... lo agarrarán...

ADELA.—No, aprenderá.

PANCHO.—No, Adela, ha nacido en la jaula.

ADELA.—¿Y qué?... el espacio le enseñará... Sí, le enseñará... ¡Ahora nosotros!...

PANCHO.—¡Nosotros!... ¿y cómo?

ADELA.—¡Volando también!

PANCHO.—¡Imposible!

ADELA.—¿Pero no conocés mi vida aquí?... ¿mi muerte mejor dicho?...

PANCHO.—¡Por eso!

ADELA.—Por eso quiero irme, salir de entre el hierro y respirar, respirar de una vez. Mi mañana en esta herrería puede ser criminal. ¡No puedo más, Pancho, no aguanto más!... (*Por el canario*). El cantaba todavía, yo no; tengo más derecho que él entonces. ¡Estoy resuelta!...

PANCHO.—¡Estás atada, Adela, como el canario!...

ADELA.—¿A qué?...

PANCHO.—¡A derechos de muerte!...

ADELA.—¿Qué pregonás, entonces?... ¿palabras?... Pancho, ¿qué es preciso para ser libres?... ¿atreverse?... y bien... ¿no te atreves?

PANCHO.—¡Con vos a cualquier cosa! Es que nuestra paz sería efímera, corta. Volvé a la tierra, Adela. Estás ligada a las leyes de los hombres. ¡León matará! El corazón se lo exige y la ley lo ampara. ¡Matará!

ADELA.—O no.

PANCHO.—¡Te matará!... Vos lo sabés.

ADELA.—¡Y bien, lo sé, matará!... pero, estoy decidida, ¡antes el puñal que la herrería!

PANCHO.—No, Adela... ¡no!...

ADELA.—¿Qué debo llamarte?... ¿cobarde o falso?... (*Están cerca de la izquierda*).

PANCHO.—¡Forzado, loco, lo que quieras, porque si nos vamos, León te matará o lo mataré... viene a ser lo mismo, nos separarán.

ADELA.—¡Pero habiendo sido libres ya, un instante, pero libres!... ¿No entendés lo que dice esa palabra para mí?... ¿no vale eso más que todo? ¡Pancho... yo comprendo, tu único temor es perderme!...

PANCHO.—Sí, vos amás a la libertad conmigo... yo a vos solamente, sin ella. ¡Es un mito para nosotros! ¡León tiene la llave y no la dejará sin la vida!

ADELA.—¿Y... si llegara ahora?...

PANCHO.—¡Ah!... ¡te defendería!... ¡y ya que lo querés, hasta deseo que venga!

ADELA.—No, no lo deseo... ¡Vámonos!... ¡Yo no quiero que mueras!... ¡Salgamos!... (*Está en sus brazos*). Pancho... salgamos...

PANCHO.—Adela, me mareás... nos perdemos...

ADELA.—Mirá, Pancho, oí, ya no puedo quedarme... Debo irme. Aquí la escuela del odio, pretende vencer a la del amor, enseñémosle. Esta herrería no tendrá nietos... La cadena se deshace en mí. Nos iremos... Mis hijos serán hijos del amor y de la libertad. La cría de sus discípulos será absorvida por los míos, lenta o violentamente, como quieran, ¡convencidos por la caricia o muertos por el puñal!...

PANCHO.—¡Oh!... ¡Qué hermosa estás, Adela!... (*La puertecita de foro se abre. Entra León, grave, indiferente*).

Adela, Pancho y León

ADELA.—(*Que da al frente hacia derecha, lo ve y el terror la paraliza*). ¡Oh!...

PANCHO.—(*Comprende y se vuelve rápido*). ¡¡León!!... (*Desenvaina un cuchillo instantáneamente y lo blande*).

LEON.—(*La sorpresa lo echa hacia atrás*). ¡¡Oh!!... (*Los acomete con un ronquido felino*). ¡¡Ah!!...

ADELA.—(*Apretándose a él*). ¡Pancho!... ¡Pancho!... (*Pancho la tiene detrás para defenderla, preparado a la lucha*).

LEON.—(*Se detiene de golpe, con una alegría inaudita de rabia*). ¡Oh! ¡Al fin! (*Se miran los dos hasta el fondo del alma. León pega un salto a la fragua, buscando un arma*).

PANCHO.—(*Lo ataja de un empujón*). ¡Atrás!... ¡Vos sos más fuerte que yo!... ¡El arma iguala!...

LEON.—¡Cobarde!... ¡Cobarde!...

PANCHO.—¡León!... ¡Ella te desprecia, te odia!... Vos no sos nadie ya... ¡dejame salir con ella! ¡No te opongás!... ¡Apartate!...

LEON.—(*Riendo hasta espantar*). ¡Nunca!... ¡nunca!... ¡por arriba mío cuando la vergüenza desaparezca!...

ADELA.—¡Dejanos ir, León!... ¡Estoy de más aquí!...

LEON.—¡Sí, ahora sí!...

ADELA.—No te quiero, ¿para qué me precisas?...

LEON.—¡Para triturarte!

PANCHO.—¡Antes a mí!...

LEON.—¡A vos también, sí!... ¡A los dos!...

PANCHO.—(*A Adela*). Vamos... (*Y se descuida. León aprovecha para acometerlo, forcejean un instante, pero el marido es un coloso para Pancho Le sacude el brazo, se lo tuerce, se lo rompe, el cuchillo cae*).

LEON.—(*Triunfante*). ¡Ah!...

PANCHO.—(*Desmayándose*). Adela...

ADELA.—(*Aterrada*. *León se lo lleva a la fragua, le hace apoyar la cabeza en el yunque más visible y levanta una maza para estrellársela, rugiendo. Adela, inspirada, sacando fuerzas de flaquezas, grita*): ¡Matalo, León, matalo!... ¡Es un cobarde!... ¡No supo asesinarte!... ¡Matalo!...

LEON.—(*Teniéndose, horrorizado*). ¡Qué víbora!... ¡No!... (*Levanta en peso a Pancho*). ¡No... esto es despreciable!... ¡Despreciable!... (*Arrojándolo por el portón, que abre de un golpe*). ¡Afuera!... ¡Afuera!...

ADELA.—(*Aparte*). ¡Oh! ¡Lo he salvado!... ¡Lo he salvado!...

LEON.—(*Acometiéndola*). ¡A vos!... ¡A vos!...

ADELA.—(*Posesionándose del cuchillo*). ¡Pegá!... ¡triturá! (*León al verla tan espantable se detiene asombrado, intimidado, hasta dar con el foro, defendiéndolo*). ¡Apartate!...

LEON.—¡No!...

ADELA.—(*Avanzando*). ¡Apartate!... ¡Dejame salir!...

LEON.—¡No! (*Echándose sobre ella*). ¡Qué!... (*Adela liberta el brazo derecho y clava hacia abajo. El la suelta. Ella queda mirando extraviada cómo se revuelca, pero, un movimiento de Pancho en el forillo, la recuerda*).

ADELA.—(*Corriendo hasta Pancho, lo endereza, lo levanta casi ayudada por el esfuerzo de él, que ansía alejarse.*) ¡Pancho!... ¡Pancho!... ¡Salgamos!...

LEON.—(*Los ve e intenta enderezarse aún, espantoso*). ¡Perra!... pe... (*La última mueca lo vence y cae, mientras ellos hacen esfuerzos para partir y baja el*:

TELON

Fin del drama.

N.º 25.—**EL MARIDO DE LA VIUDA** y **EL MANDATO DIVINO,** de Duhau.
N.º 26.—**¡HECHIZAO!,** de Aloísi (de nuestro concurso) y **DOÑA ROSARIO,** de Novión.
N.º 27.—**LOS INTEGROS,** de Uría y Cuevas (de nuestro concurso) y **NIÑERIAS** y **EL PRIMER HIJO,** de Nicolau Roig.
N.º 28.—**EL PECADO ORIGINAL,** de Iglesias Paz; **LA PRIMERA DISCORDIA,** de Mertens y **TIERRA BARBARA,** de Bourel Allen (de nuestro concurso).
N.º 29.—**LOS LOCOS DEL 4.º PISO** y **EL PRINCIPE SOÑADO,** de Collazo.
N.º 30.—**EL NOVIO DE MAMA,** de Discépolo y de Rosa.
N.º 31.—**LA BAMBOLLA,** de Martínez Cuitiño.
N.º 32.—**EL DISTINGUIDO CIUDADANO,** de Saldías y Casariego.
N.º 33.—**LA CARABINA DE AMBROSIO,** de Mertens.
N.º 34.—**LOS MUERTOS,** de Sánchez. (Agotada).
N.º 35.—**LA ENEMIGA,** de Iglesias Paz.
N.º 36.—**EL CABALLO DE BASTOS,** de Saldías.
N.º 37.—**EL TANGO EN PARIS,** de García Velloso.
N.º 38.—**FACUNDO,** de Peña.
N.º 39.—**ENTRE EL HIERRO,** de Discépolo.

A NUESTROS AGENTES, SUSCRIPTORES Y LECTORES

En atención a los continuos pedidos de números agotados que recibimos y a la actual escasez de papel, y convencidos de la necesidad de reimprimirlos, ponemos en conocimiento de nuestros agentes, suscriptores y lectores, que desde la fecha aceptaremos pedidos de números agotados, para contar así tener con una base determinada que nos permita reimprimir dichas ediciones en la cantidad necesaria.

Precios de suscripción:

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Trimestre	2.40	Trimestre	3.—
Semestre	4.80	Semestre	6.—
Año	9·60	Año	12.—

Numero suelto:

Capital	0.20	Interior	0.25